



Universidad de Chile

Facultad de Ciencias Sociales

Departamento de Psicología

**El impacto emocional que ha producido el cambio de rituales
funerarios en familiares de fallecidos por COVID-19: Una revisión
narrativa de la literatura latinoamericana**

Memoria para optar al título de Psicóloga

Autora:

Beatriz A. Bravo Muñoz

Profesora patrocinante:

Adriana Espinoza

Fecha de entrega:

Diciembre de 2022

Contenido

Resumen	3
Problema y objetivos de investigación	4
Marco Teórico.....	8
Muerte y duelo en la cultura occidental	8
Rituales funerarios en Latinoamérica	14
Impacto emocional	22
Pandemia de Covid-19 en Latinoamérica.....	25
Marco metodológico.....	27
Resultados.....	29
Análisis	36
Discusión	42
Conclusión.....	45
Bibliografía.....	47

Resumen

La pandemia de covid-19 significó una serie de cambios a nivel económico, social y psicológico, provocando miles de muertes en todo el mundo, generando con esto importantes cambios en la forma en que vivenciamos la muerte y cómo despedimos a nuestros seres queridos. El presente estudio consta de una revisión de la literatura que busca indagar sobre el impacto emocional generado por los cambios en los rituales funerarios, en los familiares de fallecidos por coronavirus. Para esto se realizó una revisión narrativa de la literatura internacional sobre Latinoamérica, donde fue posible indagar sobre los cambios producidos en los rituales de despedida y los sentimientos y emociones que esto ha generado, concluyendo que la participación de los familiares en los diversos rituales funerarios son de vital importancia para transitar por las diversas etapas de la elaboración del duelo, valorando los lazos comunitarios y el apoyo social, lo cual se ha visto drásticamente interrumpido dado el contexto de pandemia, originando profundos sentimientos de tristeza y angustia en los familiares, lo que podría desencadenar duelos complicados o patológicos.

Palabras Clave: Pandemia por COVID-19, impacto emocional, duelo, rituales funerarios, Latinoamérica

Problema y Objetivos de Investigación

A lo largo de la historia, la humanidad ha debido atravesar por distintas adversidades, como catástrofes naturales o pandemias, estas últimas han provocado la muerte de millones de personas en el mundo. Las primeras pandemias fueron surgiendo cuando comenzó a crecer la población mundial, una enfermedad se extendía y afectaba a varias regiones del planeta, siendo una amenaza para la población mundial. Algunas de las pandemias más letales a lo largo de la historia han sido la peste negra (1347-1352) con 200 millones de muertes, la viruela (1520) que causó 56 millones de muertes y la gripe española (1918-1919) con 40-50 millones de muertes (Prieto, 2020).

Durante el último siglo hemos vivenciado algunas pandemias tales como el VIH/SIDA (que surge en 1981 y que actualmente sigue activo), la pandemia de SARS (2002-2004), Gripe A H1N1 (2009-2010) y finalmente el COVID-19 que comienza a fines del año 2019.

La actual pandemia por COVID-19 surge en Wuhan, una ciudad de China, a fines de diciembre de 2019, donde se alertó sobre la presencia de un brote epidémico de una nueva enfermedad respiratoria grave siendo ésta causada por un nuevo coronavirus, el SARS-CoV-2. Este virus tiene la característica de ser muy contagioso y se transmite de persona a persona a través de la tos o secreciones respiratorias y por contacto cercano. Debido a que no hubo un aislamiento social a tiempo, el virus se propagó rápidamente en China y luego en otros países, siendo en marzo de 2020 que la OMS declara una nueva pandemia mundial (Maguiña, Gastelo y Tequen, 2020). Esta pandemia ha significado un cambio fundamental en el área de salud a nivel internacional, afectando drásticamente la salud física y socioemocional de billones de personas en todo el mundo, entre los efectos que ha tenido se encuentra el alto número de fallecidos, que de alguna forma ha cambiado la manera en que hemos visto y vivenciado la muerte.

La Muerte

La muerte es el acontecimiento universal e irrecusable por excelencia (Thomas, 1983), tarde o temprano todos nos enfrentaremos a ella. A diferencia de los otros seres vivos, el ser humano tiene la capacidad de darse cuenta de que no puede escapar de la muerte, desde el minuto en que nacemos la única certeza que tenemos, es que algún día vamos a morir. La vida y la muerte son indisolubles, sin embargo, a pesar de tener la certeza de

que algún día moriremos, no nos preparamos para ese día, la mayoría de las personas se aferra a lo terrenal. En palabras de Alizade (2012) "la muerte se presenta como una enemiga acechante que nos hace sufrir" (p.11), no queremos hablar de ella, como Bossuet (1666, como se citó en Thomas, 1983) señalaba en su sermón de la muerte "los mortales se preocupan tanto de sepultar los pensamientos de muerte como de enterrar a los muertos mismos" (p.7). En general, se considera de mal gusto hablar de la muerte, siempre que es posible se evade el tema, incluso cuando una persona está gravemente enferma, no nos atrevemos a hablar sobre el tema directamente con ella, ignorando la posibilidad de que esta persona pueda estar necesitando hablar y expresar lo que está sintiendo, de hecho, muchas veces los pacientes desahuciados necesitan hablar del proceso que están viviendo y de su inminente muerte, como nos explica Kübler-Ross (1993) en su libro La muerte y los moribundos "llega un momento en que todos nuestros pacientes sienten la necesidad de compartir algunas de sus preocupaciones, de quitarse la máscara, de afrontar la realidad, y de ocuparse de cuestiones vitales mientras aún están a tiempo" (p. 329), lo que muchas veces no ocurre, debido a la resistencia generada por parte de los familiares, lo que termina frustrando al paciente y dificultando el proceso de morir.

Pero, a pesar de que evitemos hablar del tema, no hay forma de escapar de la muerte, aunque no sepamos cómo, cuándo o dónde, en algún momento llegará nuestro momento de partir de este mundo. En nuestra vida, siempre estará presente, ya sea en la muerte de un amigo, un vecino, un familiar, etc. hasta que un día nos veremos enfrentados a ella.

Cassirer (s.f., como se citó en Oviedo Soto, Parra Falcón y Marquina Volcanes, 2009) explica que, hace unos 100.000 años, debido a este temor que causa la muerte, surgen los ritos y ceremonias, por otra parte, en Andrés (2003) vemos que los orígenes de los ritos funerarios tendrían que ver con una necesidad de deshacerse del cadáver, lo que se vio influenciado de alguna manera por el sedentarismo en el Paleolítico Medio, si bien es difícil identificar las razones por las cuales surgen estas prácticas, debido a la falta de huellas arqueológicas, la evidencia nos permite conocer que a partir de esta era comienza a existir una estructura funeraria y un tratamiento del cadáver.

Rituales Funerarios

Si bien cada individuo se enfrenta de manera individual a esta experiencia, aún el que muere acompañado, este acto de morir se convierte en una realidad sociocultural, generando una serie de comportamientos que estarán regidos de acuerdo con cada cultura.

Las diferentes culturas proponen prácticas y rituales de duelo, como manera de honrar a la persona fallecida, así como formas de apoyo religioso y espiritual para que los deudos puedan expresar su dolor.

En la antigüedad, los paleocristianos ocultaban las reliquias de sus mártires en catacumbas o en lugares a inmediaciones de los caminos, luego se generalizó la idea de sepultar los cadáveres dentro de las ciudades, siguiendo las costumbres de los romanos de conservar a sus mártires para honrarlos. Poco antes de la caída del Imperio Romano se promulgó una ley que recalca la necesidad de colocar los restos mortales en las afueras de las ciudades por cuestiones sanitarias. Esta ley alcanzó tanto las colonias de oriente como occidente. Podemos encontrar una amplia gama de rituales y costumbres que describen el proceso de transición social que viven nuestras sociedades.

En la actualidad, los rituales funerarios pueden tener lugar en el espacio sagrado de un cementerio, en una iglesia o en los lugares particulares donde la familia decida despedir a su ser querido.

Para Pérez Sales y Lucena (2000), los rituales funerarios, además de acompañar a la persona fallecida en su tránsito hacia otros estadios, cumplen otras funciones de carácter intrapsíquico, social y comunitario: (1) Ayudar a los familiares a asumir la realidad de la pérdida; (2) permitir las manifestaciones públicas de dolor y el refuerzo de lazos de amistad y parentesco; (3) iniciar el período oficialmente declarado de duelo; (4) presentar a la comunidad el nuevo rol social (y estatus asociado) de los familiares; y (5) favorecer las manifestaciones de solidaridad.

Los dolientes han atribuido gran importancia a la participación en los rituales funerarios y de duelo manifestando que el apoyo social los ayudó a afrontar los momentos dolorosos previos y posteriores a la pérdida del ser querido, ayudándolos en su tránsito hacia las diversas etapas del duelo, que permitirán la aceptación de la pérdida (Yoffe, 2014). Posadas

(2005) declara en Yoffe (2015) que los ritos funerarios sirvieron para facilitar la adaptación de los vivos a la nueva realidad, logrando aceptar que sí ocurrió la pérdida y que se debe seguir adelante.

Cómo la Actual Pandemia de COVID-19 ha Afectado estos Rituales Funerarios

En nuestra cultura latinoamericana los rituales funerarios están centrados en la presencia y en el simbolismo invocados por el cuerpo, el que puede ser tocado, lavado, maquillado, vestido y contemplado por última vez. Poder ver el cuerpo ayuda a concretizar a muerte y tener la certeza de que enterramos y lloramos a la persona correcta. Esto se ve drásticamente afectado por el COVID-19, donde se imponen una serie de limitaciones con respecto a este proceso de duelo en los rituales funerarios, obligando a mantener el ataúd sellado. Los cuerpos ya no pueden ser tocados, lavados, maquillados, vestidos ni contemplados por última vez. La necesidad de mantener un distanciamiento social reduce a un mínimo número de personas permitidas en los velorios. Hay una prohibición de realizar rituales funerarios en domicilios particulares, debiendo hacerlo solo en lugares autorizados, además se sugiere evitar toda muestra de afecto física con el fin de evitar posibles contagios. De esta forma, los familiares de fallecidos por COVID-19 ejecutan un ritual incompleto, sin poder ver por última vez el cuerpo de la persona amada ni despedirlo como les hubiese gustado, afectando de esta forma la manera en que vivenciamos esta muerte y el posterior duelo frente a la pérdida de nuestros seres queridos.

En Latinoamérica los rituales funerarios son considerados un acto social de reciprocidad y quebrantar esto conlleva una disminución de los lazos comunitarios, fomentando el individualismo (Herrera, 2021). Esta pérdida del acompañamiento comunitario dificulta el proceso del duelo, haciéndolo más doloroso e incompleto, dejando como consecuencia duelos no resueltos o duelos complicados. El cambio o ausencia de rituales funerarios dificulta el proceso psíquico de la pérdida, además las muertes bruscas o inesperadas no permiten una preparación para enfrentar la muerte de un ser querido.

En consideración de lo anterior, este trabajo busca comprender cómo este cambio en los rituales funerarios, como consecuencia de la pandemia, ha afectado emocionalmente a los familiares de fallecidos por COVID-19 dentro del contexto latinoamericano, entonces cabe preguntarse:

Pregunta de Investigación:

¿Qué impacto emocional ha producido el cambio de rituales funerarios en familiares de fallecidos por COVID-19?

Objetivo General:

- Indagar sobre el impacto emocional que ha producido el cambio en los rituales funerarios en familiares de fallecidos por COVID-19 en la literatura latinoamericana.

Objetivos Específicos

- Identificar los cambios producidos en los rituales funerarios a causa de la pandemia por COVID-19.
- Identificar el impacto emocional producido por el cambio de rituales funerarios en los familiares de fallecidos por COVID-19.
- Caracterizar el impacto emocional producido por el cambio de rituales funerarios en los familiares de fallecidos por COVID-19

Marco Teórico**Muerte y Duelo en la Cultura Occidental**

A lo largo de la historia de la humanidad, la muerte es algo que siempre ha estado presente en las distintas culturas, de todas las certezas que podamos tener, la muerte sin duda es la mayor de ellas. Como declara Caycedo Bustos (2007) “la muerte es el inexorable destino de todo ser” (p.333). La muerte es y ha sido un tema de profundas reflexiones. Si bien, la muerte afecta a todas las sociedades por igual, lo que cambia de una cultura a otra es la forma en que se entiende y se enfrenta la muerte, generando diversas concepciones y significados, y con esto, diversas prácticas funerarias.

Gala León (2002) distingue en la sociedad occidental, dos momentos distintos en la forma en que se ha vivenciado la muerte, los cuales están marcados por la institucionalización hospitalaria.

En los tiempos remotos la muerte era más aceptada socialmente que en la actualidad, los moribundos, cuando se enfermaban, esperaban la muerte en la comodidad de sus casas

junto a sus familiares, donde tenían la oportunidad de despedirse, de preparar con anticipación los rituales funerarios, repartir sus bienes o de pedir los últimos deseos (Kübler-Ross, 1993). No solo el enfermo sabía que iba a morir, sino todos a su alrededor lo sabían, sus familiares, amigos e incluso el pueblo en que vivía, la muerte era pública. Los niños no eran excluidos de este proceso, quienes se mantenían en el hogar durante este tiempo, incluso pudiendo despedirse del enfermo, ayudando con esto a entender la muerte como un proceso natural. Cuando la persona fallecía se juntaban los familiares, amigos y vecinos para despedirlo, las familias tenían la costumbre de servir comida y vino a los asistentes, como muestra de agradecimiento por acompañarlos en la despedida. En algunos casos se mandaba a matar un animal para comer, generando un clima más animado y alegre que triste.

Los entierros eran realizados en los cementerios que estaban ubicados al lado de las iglesias, las que se encontraban en el centro del pueblo. La muerte era vista como el final de la vida, no como algo amenazador y extraño (Gala León, 2002)

Todo esto contrasta mucho con la sociedad actual, donde la muerte se considera un tabú, se considera de mal gusto hablar de ella, como si al pronunciarla ésta fuera llamada.

Aproximadamente hacia 1930 con la extensión de las primeras industrias hospitalarias y los avances médicos, esta concepción de la muerte que existía comienza a cambiar. Se comienzan a medicalizar la muerte y se oculta (Pérez Sales, 2004 citado en Moreno Rubio, 2022), es mal visto hablar de la muerte, expresar el dolor o incluso dejar ver el luto. Ahora se oculta al enfermo la gravedad de su enfermedad y no se toca con él el tema de la muerte. Ariès (1981) explica esta actitud moderna ante la muerte como una prolongación de la "afectividad" del siglo XIX, es decir, se busca proteger al moribundo de sus propias emociones, con miedo a herirlo al privarlo de la esperanza de seguir viviendo, por lo tanto, se niega su gravedad hasta el final. Por otro lado, cuando el enfermo descubre la gravedad de su estado, mantiene el silencio para no herir al otro, conociendo su intención de protegerlo.

Con respecto a los niños éstos son excluidos, cuando hay un enfermo en casa se envían a la casa de algún pariente con alguna excusa y cuando finalmente el enfermo fallece, se disfraza la realidad diciendo que la persona se fue de viaje o alguna historia parecida.

En la actualidad, la muerte ocurre, generalmente, en los hospitales, donde gracias a los avances en la medicina, es posible alargar el tiempo de vida. Si bien el médico no puede evitar la muerte, puede controlar cuando ocurrirá, añadiendo horas, semanas, meses o incluso años, lo cual no significa que la persona mantendrá una buena calidad de vida, ya que probablemente se encuentre bajo una serie de sedantes y medicación que le permiten de alguna manera mantener una vida artificial, como fue el conocido caso de Karen Ann Quinlan, una joven estadounidense que, en 1975, a los 21 años de edad quedó en estado vegetativo luego de un periodo de privación voluntaria de alimentos seguido de una ingesta de grandes cantidades de alcohol y barbitúricos, manteniéndose conectada a un respirador artificial hasta que un año después sus padres quisieron desconectarla abriendo un gran debate ético hospitalar. Sin embargo, a pesar de haber sido desconectada, la joven se mantuvo con vida respirando de forma autónoma y siendo alimentada por vía intravenosa hasta 1985, año en que se produce su deceso por una neumonía. Este caso nos muestra el poder de la medicina para hacer que una persona que está casi muerta pueda seguir con vida casi indefinidamente (Ariès, 1981).

La muerte ha dejado de ser vista como algo natural y necesario, sino que ahora es vista como un fracaso médico, llegando al punto de ignorar la voluntad del paciente, como nos cuenta Kübler-Ross (1993) que “cuando un paciente está gravemente enfermo, a menudo, se le trata como a una persona sin derecho a opinar” (p.22), es decir, quien toma las decisiones con respecto a su salud, generalmente, son otros. Apenas la persona es hospitalizada se comienzan a realizar una serie de diligencias médicas orientadas a salvarle la vida al costo que sea, haciendo todo lo necesario para lograr que la persona siga con vida al final del procedimiento.

Con todo lo expuesto anteriormente vemos como existe en la sociedad actual un miedo a la muerte, un rechazo o resistencia. Gala León (2002) explica este cambio describiendo 6 aspectos que influirían:

- a) Una menor tolerancia a la frustración: Esta clave se podría resumir en el ansia de un estado de bienestar, evitando a toda costa cualquier situación de desagrado.
- b) El aumento de la esperanza de vida: Las personas ya no mueren tan jóvenes, lo que trajo como consecuencia el restarle cotidianeidad y naturalidad a la muerte. Las

estadísticas contribuyen con esta idea. Como humanos tenemos la idea de que “los otros mueren”, no vemos nuestra propia muerte como algo cercano.

- c) El culto a la juventud: Vivimos en una sociedad en que los medios de comunicación nos bombardean diariamente con modelos y estándares de belleza a seguir: jóvenes y guapos. Así se incita a teñirse el pelo, operarse para quitar las marcas del tiempo en la piel, vestirse y comportarse como personas eternamente jóvenes. Los viejos y enfermos son excluidos.
- d) Una menor mortalidad aparente: La muerte ya no es vista como algo público, por lo que se esconde, ya no se hacen entierros tan públicamente, los cementerios están fuera de las ciudades, cada vez mueren menos personas en las casas y ya no se velan en ellas, sino en sitios hechos para tal actividad.
- e) Menos trascendentalidad y espiritualidad en el hombre medio: Estamos como sociedad viviendo una crisis de valores, una era de hedonismo, consumismo, falta de moral y ética, donde se confunde la felicidad con el gozar y el ser con el tener, se pierde el sentido de la vida y con él, el sentido de la muerte.
- f) Una menor preparación o educación para la muerte: Con todo lo anterior, nos vemos indefensos ante la muerte, la sociedad no nos prepara para enfrentar el final de nuestra vida, lo que no es novedad, en una sociedad en que no se habla de la muerte ni de los moribundos, los enfermos mueren solos en una sala de hospital.

Sin embargo, a pesar de todos estos cambios ocurridos durante los últimos años, aún se mantiene la relación permanente entre la muerte y la sociedad (Ariès, 1981). Es decir “la muerte evoca respuestas emocionales determinadas por las experiencias del sujeto a la luz de las concepciones culturales” (Pérez Sales y Lucena, 2000, p.270). En otras palabras, el modo en que la experiencia de muerte afecta a cada individuo va a depender de sus creencias y costumbres adquiridas mediante su socialización en la cultura en que está inserto. No todos los grupos sociales van a actuar de la misma manera ante el dolor de una pérdida, así mismo la manera en que las personas van a vivenciar y responder al dolor va a estar influenciado por sus raíces culturales y sociales. Esta reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción tal como la patria, la libertad, un ideal, etc, es llamado reacción de duelo (Freud, 1917), el que involucra grandes cambios de conducta, que generalmente, no es considerado un estado patológico ni debe ser tratado por un especialista, se confía en que con el paso del tiempo se superará. Sin embargo, es

importante destacar que se debe tener siempre en consideración los aspectos culturales, ya que lo que puede parecer patológico en una cultura, tal vez no lo sea para otra.

Duelo

La palabra duelo viene del latín tardío “*dolus*” que se traduciría en “dolor”. La RAE lo define como “dolor, lástima, aflicción o sentimiento” o también como las “demostraciones que se hacen para manifestar que se tiene por la muerte de alguien”. Si bien es una experiencia individual que afecta de forma diferente a cada ser humano, hay ciertos parámetros para determinar si un duelo es normal o patológico.

En un duelo normal la tristeza y la ansiedad son los sentimientos más comunes, junto con el miedo a afrontar la soledad. Es común también experimentar sentimientos de culpa, originados por pensamientos como no haber realizado un mayor esfuerzo por evitar el fallecimiento, por no haber disfrutado más junto a la persona mientras estaba viva o por sentir una sensación de alivio luego del deceso seguido de una enfermedad prolongada. También es normal sentir falta de interés por el mundo exterior. La intensidad de estos síntomas o sentimientos va a depender de cada sujeto, lo esperable es que tenga una duración entre 6 meses y un año.

Se considera que un duelo es patológico cuando estos sentimientos son muy intensos e impiden continuar con la rutina diaria, cuando la duración es anormalmente larga y/o aparecen síntomas inhabituales como alucinaciones relacionadas con el fallecido, ideas delirantes o pensamientos suicidas recurrentes (Fernández-Montalvo y Echeburúa, 1997; Parkes, 1972; Worden, 1998 como se citó en Echeburúa y Herrán, 2007).

Meza Dávalos et al. (2008) describen tres etapas de un duelo normal:

Inicio o primera etapa: Se caracteriza por un estado de shock, una sensibilidad anestesiada, afecta el aspecto fisiológico con irregularidades en el ritmo cardíaco, náuseas y temblores. La primera reacción es el rechazo, incredulidad y hasta negación, manifestada con un comportamiento, o muy tranquilo o exaltado. Esta fase es de corta duración, extendiéndose desde el anuncio de la muerte hasta el término de los rituales fúnebres.

Etapas central: Se distingue por un estado depresivo y es la etapa de mayor duración, aquí se alternan momentos de recuerdo doloroso con la paulatina reorganización de la vida

externa e interna de quien sufrió la pérdida. Durante la fase de depresión se siente una gran soledad, tanto social como emocional.

Etapa final: es el periodo de restablecimiento, el sujeto comienza a mirar al futuro, se interesa por cosas nuevas, siente nuevos deseos y es capaz de expresarlos. Esta etapa se manifiesta por el desarrollo de nuevas relaciones sociales, se separa de los objetos personales del fallecido, guardando solo algunas cosas más significativas. El estado depresivo disminuye, así también el dolor y la pena, la persona se siente más aliviada.

Es importante también considerar con respecto al duelo que el tipo de muerte va a repercutir en el impacto emocional, es decir, es diferente cuando es una muerte esperada, que viene luego de una enfermedad prolongada o un diagnóstico médico terminal, que una muerte repentina ocasionada por un accidente, suicidio u homicidio. Explica Palacio y Bernal (2019) que una muerte ocasionada por un accidente detona sorpresa y búsqueda de explicaciones asociadas muchas veces a la mala suerte, destino o falta de precaución. Cuando se produce una muerte por homicidio es frecuente que se presenten sentimientos de venganza y una culpabilidad asociada a terceras personas. Finalmente, cuando la muerte ocurre por suicidio es frecuente observar un tono de sorpresa y suele orientarse a la carga social y al estigma moral que alude a las condiciones que llevaron a la persona a tomar tal decisión.

Los procesos de duelo van a depender también de las dinámicas relacionales y vinculantes, alcanzando un mayor impacto en la red parental y familiar, quienes ocupan un lugar significativo en los rituales funerarios (Palacio y Bernal, 2019).

La psicología social ha estudiado el duelo distinguiendo entre las sociedades individualistas, que son aquellas que consideran el duelo un proceso encaminado a ayudar al fallecido más que a los dolientes, y por otro lado las sociedades colectivistas que son aquellas que ponen el énfasis en el grupo más que en el sujeto.

Pérez Sales y Lucena (2000) exponen el trabajo de Alford y Catlin (1995) quienes vieron la reacción frente a la pérdida de un ser querido en estudiantes de la Universidad de Massachussets (EUA) y Madrid (España), evaluando ambos grupos la experiencia en similar intensidad, pero con consecuencias muy diferentes. En el grupo considerado como sociedad individualista, el duelo potencia la creencia de que el mundo es malo e injusto, llevando a la separación y desconfianza de los demás y a la soledad, además fomenta la

duda religiosa. Por otro lado, en el grupo considerado como sociedad colectiva, el fallecimiento del ser querido produjo un efecto negativo en la autoestima, pero un efecto positivo en el sentimiento de unión y confianza con los demás, fomentando la aceptación de la propia mortalidad.

Rituales Funerarios

Como seres humanos, observa Roberts (1984) citado en Spilka (2005), tenemos una gran atracción hacia la experiencia del ritual, es decir, basta con pensar en cómo nos levantamos cada mañana preparándonos para nuestro día, en como atendemos el teléfono, cómo nos comportamos cuando saludamos a alguien en la calle, etc. Sin darnos cuenta, tal vez, estamos llevando a cabo una serie de rituales.

Los rituales son definidos por Spilka (2005), como un patrón prescrito de comportamiento, es decir, es un comportamiento estructurado. Algunos rituales, como los religiosos, tienden a seguir un patrón rígido. Los rituales son conductas repetitivas, pero que son ejecutados de acuerdo con un determinado contexto previamente establecido, el cual indica además el número de veces que se deben llevar a cabo las respuestas específicas a cada situación. En otras palabras, los rituales vendrían a ser una forma práctica de lidiar con circunstancias específicas y contingentes, pero en todo caso transcendentales (Torres, 2006).

Hinde (1999) nos explica en Yoffe (2015), que los rituales son entendidos como conductas de gran precisión, con gran cantidad de detalles, altamente estereotipadas y a menudo repetitivas, que buscan reducir la ansiedad y el sentimiento de incertidumbre. Además, los rituales tienen la característica de favorecer los lazos sociales, las dinámicas de los rituales poseen funciones interpersonales ayudando a reestablecer los vínculos sociales y a disminuir el sentimiento de soledad. Los rituales se manifiestan cuando hay una necesidad de controlar y dirigir una emoción, jugando un papel de gran importancia en la religión, éstos establecen lazos de unión entre aquellos que comparten una emoción bajo la forma de un sentimiento de solidaridad, lo que se ve reflejado especialmente en los rituales sobre la muerte. De esta manera, se produce un aumento de bienestar y de afectividad positiva entre los dolientes, debido al apoyo social (Yoffe, 2014).

Durkheim (1912/1982) nos señala en su libro *Las formas elementales de la vida religiosa* que a pesar de que las ceremonias religiosas sobre la muerte tienen como punto de partida

un hecho triste o inquietante, elevan el tono vital del grupo que participa, solo por el hecho de ser colectivas. Así también lo manifiestan los participantes del estudio de Yoffe (2014) quienes destacan la importancia y eficacia de los rituales funerarios colectivos independiente de su significación religiosa, quienes pudieron expresar su malestar y dolor en compañía de otros, recibiendo apoyo y consuelo, que les permitieron comenzar a aceptar la pérdida del ser querido.

Desde la psicología se reconoce el valor emocional y el papel estructurante de la realización de los rituales funerarios en las distintas culturas, ya que no solo va dirigido a homenajear a la persona que fallece, sino que también contribuye para que los dolientes puedan enfrentar la pérdida concreta e inicien el proceso de duelo, pudiendo manifestar su pesar de forma pública (Oliveira et al., 2020).

Sin embargo, no siempre los rituales funerarios estuvieron relacionados con el sentimiento y el dolor de la pérdida. Andrés (2003) manifiesta que sus orígenes tienen que ver más con la necesidad de la eliminación del cadáver, el cual había que hacer desaparecer. El problema de la eliminación de los restos se vio acentuada con el sedentarismo, donde comienzan los primeros entierros aparentemente intencionales realizados por los cavernícolas del Paleolítico Medio, a pesar de que no fue solamente por una cuestión práctica, sino también por el incremento de las relaciones afectivas y la progresión intelectual, lo que fue generando la inquietud de la trascendencia y la mentalidad religiosa. Luego de esto, los muertos fueron adquiriendo una consideración social, lo que es posible notar, mediante las huellas arqueológicas, donde se percibe una estructura funeraria, tratamiento del cadáver y ofrendas, siendo estas colocadas dentro o fuera de la tumba. Así, a medida que pasan los años los rituales funerarios van evolucionando hasta llegar a ser lo que conocemos hoy. De esta forma, vemos como el cadáver que al principio es temido y visto como algo desagradable, pasa a ser tratado más tarde como una reliquia venerada o un genio protector (Durkheim, 1912/1982)

Los rituales funerarios se conciben como prácticas socioculturales específicas de la especie humana (Torres, 2006). Sin embargo, las diferentes culturas proponen prácticas funerarias propias, que si bien, pueden utilizar los mismos recursos a pesar de ser culturas distintas, como por ejemplo la inhumación, la cremación, sahumeros, etc. Los significados presentes en estos ritos pueden ser diferentes. Es decir, dos o más culturas pueden compartir los

mismos patrones funerarios, sin embargo, se deben buscar las ideas propias de cada cultura que determinan la fisionomía del rito.

Es importante mencionar lo señalado por Ospina (2022), quien manifiesta que en los rituales funerarios encontramos varias actividades que se diferencian de otros actos cotidianos, por ejemplo, la preparación del cadáver. Sin embargo, este acto solo adquiere el carácter ritual cuando la persona que lo realiza sigue un patrón previamente establecido con un fin, donde existe una secuencia de acciones prácticas que también son ritualizadas. Por otro lado, también se encuentran presentes en estos ritos, actividades cotidianas que son marcadas como rituales y que en otro contexto no serían consideradas como tal, por ejemplo, cocinar, usar el fuego, servir café, cantar, etc. Es decir, son acciones que pueden ser incorporadas en distintos tipos de ritos, pero no siempre poseen la característica de ser atributos rituales, para ello deben estar articuladas intencionalmente con otras.

Para efectos de esta investigación es importante entender que los ritos y costumbres de cada cultura con respecto a la muerte van a depender de sus distintas conceptualizaciones y significados que sean otorgados a la pérdida y que van a ayudar a los dolientes a comprender e integrar lo sucedido (Moreno, 2022). Si bien hay prácticas que se pueden repetir en dos o más culturas, no deben ser vistas sin el significado dado por cada una de estas. Si no entendemos esto, corremos el riesgo de patologizar los duelos de personas de culturas distintas a la nuestra (Moreno, 2022), por ello es importante entender como cada cultura conceptualiza la muerte y los ritos asociados a ella.

Para ver a grandes rasgos estas diferencias, a continuación, se presenta cómo se conceptualiza la muerte y cuáles son los ritos asociados a ésta, en cuatro de las principales culturas:

Budismo

En la tradición budista, la muerte física es un momento de suma importancia que supone la transición de una existencia a otra. El velorio es un espacio sagrado de oración, es necesario cuidar que nadie fume ni beba cerca del ataúd, se debe mantener silencio, lo que genera un clima de mayor respeto y consuelo hacia quienes han perdido a un ser querido, manteniendo cerradas las puertas del lugar en que se encuentra el difunto, con el fin de que el grupo espiritual pueda hacer plegarias por el ser fallecido. Se solicita a los dolientes evitar manifestaciones exageradas de dolor, ya que el difunto podría estar pasando por el

Bardo de la Verdadera Naturaleza de la Realidad o Dharmata, etapa en la que se cree todavía se encuentra en la dimensión de los vivos y no sabe que ha muerto, pudiendo escuchar y ver a los vivos, por lo que al escuchar las expresiones de dolor de los dolientes le podría generar rabia o angustia (Athie, 2014).

La práctica funeraria habitual es la cremación, que implica el reconocimiento de la destrucción del físico, descartando alguna posibilidad de resurrección. Mientras se produce la cremación se realizan prácticas espirituales específicas con la visualización de mandalas y recitado de mantras, de forma individual o acompañado de miembros de la comunidad espiritual. Una vez cremado el cuerpo, las cenizas son llevadas a algún lugar significativo para el difunto o lanzadas al mar, agua o viento a pedido del mismo (Yoffe, 2015).

El Budismo Tibetano considera importante contar con la presencia de un guía espiritual (lama) que ayudará a quienes han muerto con plegarias y textos sagrados funerarios. Se realiza una serie de prácticas especiales para ayudar a los difuntos y a sus seres queridos, se suele brindar enseñanzas sobre la muerte y acompañamiento a moribundos, de modo que se cuenten con herramientas y recursos para enfrentar la pérdida de un ser querido.

Judaísmo

En el judaísmo el entierro del cuerpo es la única forma de disposición del cuerpo, siguiendo el texto bíblico “del polvo has venido y al polvo volverás” (Génesis 3:19), este entierro debe ocurrir un día después del deceso, esto es un mandamiento y acción moral, flexibilizando en los casos en que no es posible cumplir con este tiempo determinado por diversas circunstancias. Hay fechas sagradas en que no puede ocurrir un entierro, por ejemplo, el Shabbat (día sagrado a Dios), ni en las principales fiestas judías como Año Nuevo, Día del Perdón y otras. En la religión judía un entierro es considerado un acto justo y una tarea sagrada obligatoria para cada sujeto de la comunidad, es una forma de acompañar a la persona hasta el final. Se considera muy importante caminar detrás del cajón, como forma de acompañar al difunto en su último camino hasta el entierro. Este acto es muy importante, ya que toda la comunidad aporta su energía y luz, de esta manera ayuda a que el alma del fallecido pueda elevarse.

En el entierro se suele leer una selección de Salmos y el rabino hace una oración para despedir al muerto. El ataúd se baja con cuidado, luego los familiares y amigos ayudan a llenar con tierra, colocando tres paladas de tierra mientras repiten las palabras *Ki afar atá*

(Porque polvo eres). En el judaísmo no está permitido consolar a los deudos antes de transcurridos tres días posteriores al entierro del fallecido, debido al momento de crisis que atraviesan, se recomienda callar.

El rabino representa un rol fundamental en el apoyo a los familiares y amigos en los momentos posteriores a la pérdida de su ser querido. El acompañamiento a la familia es fundamental y se basa en la cita bíblica “Entonces se sentaron con él en el suelo durante siete días y siete noches y ninguno pronuncio una palabra ya que vieron que su tristeza era muy grande” (Job 2:13) refiriéndose al momento en que Job perdió a sus hijos y sus amistades lo acompañaron. Desde la antigüedad los judíos forman grupos para acompañar a los dolientes y rezar junto a ellos, el rabino suele acompañarlos en las plegarias. El Kaddish es uno de los rezos principales de esta religión y es esencial en el ritual de duelo judío, éste se recita durante once meses cuando el fallecido es padre o madre y se considera que de esta forma se rescata de un “infierno” (Skorka, 2005, en Yoffe, 2014). El Kaddish es recitado por el hijo varón, aunque actualmente muchas autoridades rabínicas permiten a las mujeres hacerlo. Quien ha perdido a un ser querido tiene la obligación de amar, honrar y recordar a su familiar recitando el kaddish, prendiendo velas y siguiendo los rituales de duelo judíos.

El judaísmo prohíbe la cremación, y por tanto, no se realiza en ningún cementerio judío. Hay cementerios privados donde realizan cremaciones de personas judías, pero ningún rabino oficial puede mencionar rezos durante esta práctica funeraria. Esta prohibición es para conservar el respeto al cuerpo que albergó al alma, el cuerpo debe volver a la tierra.

Islamismo

Según las creencias del islam, cuando la persona está en agonía debe orientarse hacia La Meca (ciudad sagrada) y pronunciar la *sâhâda* o Profesión de Fe, ya que quien muera siendo estas sus últimas palabras, entrará en el Jardín, en caso de que la persona muera y no alcance a decirlas, puede pronunciarlas la persona que este a su lado.

Una vez fallecido se lava el cuerpo con jabón, hierbas olorosas y agua, haciéndolo un número impar de veces, en caso de no haber agua se frota la cara y manos con arena (tayammun). La persona que lava debe ser del mismo sexo. Una vez lavado y perfumado el cuerpo se envuelve en un lienzo blanco, sin adornos. La sencillez y humildad son

cualidades que deben acompañar al musulmán fallecido, ya que este no necesita bienes materiales, su fe y buenas acciones en vida lo llevarán al paraíso.

Las mujeres tienen prohibición de ir al entierro, exceptuando los casos en que es familiar directo con el fallecido. El traslado al cementerio debe ser rápido. Una vez en el cementerio se rezan cuatro takbirs (expresiones formales de fe), haciéndolo la persona encargada de la oración. Los asistentes están en fila detrás del que dirige la oración.

Dentro de la cultura islámica se describen dos tipos de fosas, la fosa *lahd* y *Shaq*, siendo la primera la más recomendable, consistiendo en una fosa que tiene en un costado un nicho para depositar el cuerpo, en el segundo tipo de fosa se hace un nicho en el fondo de esta. La sepultura se marca con apenas una elevación y se prohíbe cualquier tipo de construcción, con el fin de evitar la idolatría o convertirla en un lugar de peregrinación. Se acostumbra a depositar ramas frescas sobre la tumba, las que aliviarán el tormento del difunto mientras conserven su frescura.

Luego del entierro se celebra una reunión en casa del fallecido en memoria de éste. Se hace duelo por tres días, excepto los esposos, cuyo luto durará cuatro meses y diez días. Se prohíbe el color negro y las maneras exageradas de expresar el dolor, aludiendo a que esto atormenta al fallecido.

Catolicismo

En el catolicismo la muerte es la separación del cuerpo y el alma, el cuerpo vuelve a la tierra, como dice Génesis 3:19 "...pues polvo eres y al polvo volverás", por otro lado, el alma vuelve al Creador, Dios. Cuando una persona muere, su destino dependerá de las acciones que ha realizado estando en vida, si su conducta fue acorde a los mandamientos de Dios, irá al cielo a encontrarse con él, con los santos, con los ángeles y con sus seres queridos que han fallecido anteriormente y que lo acompañarán en la eternidad en el lugar donde su alma descansará. Por otro lado, si vivió de manera incorrecta irá al infierno, lugar donde pagará por sus pecados eternamente, junto a quienes vivieron en pecado.

En el catolicismo popular latinoamericano, el rito fúnebre debe realizarse para darle paz tanto al doliente como al difunto, para esto es importante complacer los últimos deseos y voluntad del fallecido. Estos además ayudan a los dolientes en el proceso de duelo, ya que

la adecuada ejecución de estos rituales facilita enfrentar y superar el sufrimiento de la pérdida (Beltrán, Medina-Morales y Roberto, 2021).

Luego del fallecimiento de la persona, el cuerpo es recibido y arreglado, generalmente por los familiares más directos o por una funeraria, donde se adorna el féretro con flores, luces e imágenes religiosas, el cuerpo se puede tener a la vista o se mantiene el ataúd cerrado, quedando a decisión de la familia. El féretro puede ser llevado a la casa de la persona fallecida o de algún familiar, a una iglesia católica o a una funeraria que disponga de salas para velorios. Es un momento en que los familiares y amigos se despiden de la persona fallecida. Los dolientes reciben las condolencias de quienes los acompañan, quienes expresan con palabras y un abrazo el dolor ante la muerte, destacando cualidades personales del fallecido y compartiendo historias vividas junto a él. Los parientes más cercanos al difunto ofrecen alimentos y bebidas a quienes los acompañan.

Los acompañantes se sientan alrededor del ataúd para realizar plegarias a Dios pidiendo para que los pecados del fallecido sean perdonados y el alma pueda alcanzar la vida eterna. Generalmente se reza el rosario guiado por un miembro de la comunidad. Existen plegarias de intercesión por aquellos que ya están en la gloria divina, así como otras que ayuden a los deudos a sobrellevar el dolor de la pérdida.

El velorio puede durar una noche o máximo dos si se espera que llegue algún familiar cercano que se encuentre lejos. Luego el cuerpo es llevado a una iglesia donde el sacerdote realiza una misa por el difunto y donde los familiares dicen las últimas palabras al fallecido, destacan cualidades personales y su rol ejercido en vida y agradecen la presencia de los acompañantes. Posterior a esto, es llevado al cementerio en un cortejo fúnebre, donde será sepultado. La ceremonia del entierro marca la transición entre la vida y lo que viene después de esta, confrontando a los deudos a la muerte del ser querido, ayudándolos a aceptar esta pérdida con sus cambios correspondientes (Yoffe, 2015).

En caso de que el fallecido o la familia hayan decidido cremar el cuerpo, los restos son llevados a realizar la cremación correspondiente. Quienes optan por la cremación lo hacen principalmente por razones económicas, ya que de esta manera toda la cadena de ritual resulta más barata (Orozco-Girón, 2019 en Beltrán et al., 2021).

La cremación es aceptada en el catolicismo, haciéndose cada vez más común, sin embargo, la iglesia recomienda que los cuerpos de los difuntos sean sepultados en cementerios u otros lugares sagrados, de esta forma, se confirma la fe en la resurrección de la carne. Si por razones legítimas (higiénicas, económicas o sociales) se opta por la cremación del cadáver, las cenizas del difunto deben permanecer en un lugar sagrado. No está permitido mantener las cenizas del fallecido en el hogar, ni dispersar éstas en el aire o agua, así también no se permite convertir las cenizas en recuerdos conmemorativos tales como piezas de joyería u otros artículos.

Si bien la cremación parece ir en aumento en la región latinoamericana, esto ocurre mayoritariamente en contextos urbanos, ya que en las zonas rurales se mantienen aún muy apegados a la tradición de sepultar los cuerpos.

Contexto Latinoamericano

En el contexto latinoamericano hay una gran influencia del catolicismo, la encuesta de Pew Research muestra que en la actualidad el 69% de los adultos de toda la región se identifican como católicos (Pew Research Center, 2014), siendo Paraguay, México y Colombia, con un 89%, 81% y 79% respectivamente, los países que albergan la mayor cantidad de afiliados a la iglesia católica.

Por esta razón, la concepción de muerte dentro de la región latinoamericana es predominantemente católica, así también sus rituales funerarios, los cuales fueron descritos anteriormente, entre los que prevalecen las misas, velorios y funerales, los cuales tienden a caracterizarse por la cercanía entre los asistentes, muestras de afecto, abrazos, entre otros. Algunos elementos típicos que suelen estar presentes en los velorios y funerales son libros de condolencias que se ponen a disposición de los participantes, fotos del fallecido, tarjetas y arreglos florales.

Dada la gran variedad cultural existente con respecto al concepto de muerte y cómo lo vive cada cultura, es importante mencionar que la presente investigación tendrá como foco principal la cultura latinoamericana, tomando en consideración como estos países enfrentan el tema de la muerte, cuáles son los ritos funerarios predominantes y cómo la pandemia de COVID-19 afectó la realización de estos ritos.

Impacto Emocional

En nuestra cotidianidad pasamos por diversas emociones a lo largo de nuestro día, habitualmente estamos hablando de ellas, de cómo nos hacen sentir, sin embargo, cuando buscamos definir las emociones como concepto, nos cuesta mucho. Así también ocurre para la psicología científica, la que ha buscado definir qué es una emoción, sin lograr, hasta el momento, obtener una respuesta que sea admitida como una definición aceptada y consensuada para la mayoría de los investigadores en el área. Las emociones pueden ser consideradas como uno de los procesos psicológicos más complejos y difíciles de explicar.

La emoción es un tema que, hasta muy recientemente, no había formado parte de los grandes temas de estudios de la psicología como si lo han sido el aprendizaje, la percepción o la memoria (Fernández-Abascal et al., 2013). Sin embargo, en diversas áreas de estudio dentro de la psicología ha surgido, de alguna manera u otra, el tema de las emociones y desde acá surgen los principales aportes que ha recibido la psicología de la emoción.

Para Goleman (1998) citado en Fernández-Abascal et al. (2013), las emociones son impulsos en los que se halla implícita una tendencia a la acción. Lo que tendría relación con la etimología de la palabra emoción que proviene del latín *emovere*, que significa moverse, y el prefijo e-, “movimiento hacia”, siendo las emociones la expresión de lo que nos mueve por dentro (Gallo González, Leuzinger y Dolle, 2021).

Por otro lado, Barragán Estrada y Morales Martínez (2014), lo definen como “respuestas simples con manifestaciones fisiológicas que suelen ser breves pero precisas, las cuales se convertirán en el reflejo exteriorizado de lo que la persona siente ante el estímulo o situación a la que se esté enfrentando” (p.104), sin embargo, esta definición parece un tanto reduccionista, ya que excluye un aspecto social que para efectos de la presente investigación es muy relevante.

En Fernández-Abascal et al. (2013), con una mirada más amplia, se describen cuatro elementos esenciales para entender las emociones:

El primero de estos elementos tiene relación con los cambios fisiológicos, es decir, cada emoción tiene una reacción fisiológica propia, las que pueden ser a nivel del sistema nervioso autónomo (como aumento del ritmo cardíaco), cambios en el

sistema nervioso central (activando o inhibiendo determinadas estructuras neuronales) y en la secreción hormonal (como adrenalina). En este aspecto los cambios más evidentes son en la cara, donde se manifiesta principalmente la experiencia emocional.

Un segundo componente es la llamada “tendencia a la acción” o afrontamiento, incluyendo acciones tales como la agresión, la curiosidad o la adopción de una determinada postura corporal, sugiriendo un tipo de respuesta concreta de afrontamiento. Sin embargo, esta tendencia se puede ocultar o no ser particularmente evidente, por ejemplo, en el caso de la alegría o la tristeza, así como también se puede ver limitada por un componente social que puede considerar inapropiado un comportamiento en una situación determinada (Vallerand y Blanchard, 2000 citado en Fernández-Abascal et al., 2013).

Un tercer elemento se asocia con la experiencia subjetiva de la emoción, es decir, lo que la gente experimenta cuando siente ira, ansiedad u orgullo, son señales de aviso que las emociones hacen conscientes para llamar nuestra atención.

El cuarto aspecto relaciona a la emoción como un sistema de análisis y procesamiento de información, es decir, se relaciona con procesos cognitivos, por lo que va a depender de la interpretación de la persona ante determinada circunstancia. En otras palabras, se puede decir que la reacción va a depender de la valoración, ya sea positiva o negativa, de las situaciones, pudiendo provocar que el mismo evento afecte de diferente manera a distintas personas.

Sin embargo, para efectos de esta investigación, es conveniente entender la emoción desde la psicología social, la que argumenta que la emoción puede ser entendida en causa, consecuencias y funciones a través de factores interpersonales, institucionales y culturales. No obstante, es importante destacar que esta concepción social no pretende negar los procesos cognitivos y fisiológicos que contribuyen a la experiencia emocional. (Parkinson, 1996). Existen diversos aspectos que hacen pensar las emociones como una experiencia social, los cuales son revisados a continuación.

Una de las teorías con respecto a la emoción es la teoría de la valoración, para la cual es necesaria una condición en la vida de la persona que afecte significativamente a las preocupaciones personales, entonces va a depender de las valoraciones cognitivas individuales. Sin embargo, los acontecimientos suelen alcanzar una importancia personal en el transcurso de los encuentros sociales y el desarrollo de relaciones interpersonales, es decir, la variable social es fundamental. Generalmente, lo que dicen o hacen los otros son las cosas que más nos afectan, si nos abandona alguien a quien apreciamos, si nos felicita una persona con autoridad, muchas de las cosas que provocan alguna emoción tiene que ver con otras personas. Si bien muchos de los motivos de la emoción se localizan principalmente en el mundo interpersonal, el significado que esta emoción recibe está definido por sistemas de valores culturales más amplios (Parkinson, 1996).

Por otro lado, explica Parkinson (1996), que existe socialmente un marco de referencia que promueve expectativas implícitas o explícitas influyendo en la forma en que se desarrollan los episodios emocionales en el ámbito interpersonal. Sabiendo esto, hay instituciones que entrenan explícitamente a las personas para que valoren las situaciones emocionalmente relevantes de forma institucionalmente apropiada. Aquí ejemplifica lo que ocurre con las azafatas, quienes reciben formación para lidiar con los pasajeros problemáticos, para que éstos sean vistos como “niños que se portan mal”, de esta manera, cuando un pasajero problemático les grita, no sienten enfado, influyendo de esta manera, en la experiencia emocional de la azafata.

Concluye, por lo tanto, que la emoción emerge directamente de la interacción social, siendo estas interacciones las principales causas de la emoción, ya que llevan a las personas a participar o a retirarse de ciertos encuentros sociales. Muchas emociones tienen significados más sociales que personales. En palabras de Averill y Nunley (1988) las emociones son subsistemas de comportamiento que se encuentran en una relación dialéctica con los sistemas sociales de los que forman parte.

Esta concepción de emoción resulta particularmente interesante pensando en la pregunta investigativa que busca precisamente indagar acerca del impacto emocional como consecuencia de factores sociales externos al individuo, que son en este caso, el cambio de los rituales funerarios como consecuencia de la pandemia por COVID-19

Pandemia de COVID-19 en Latinoamérica

En diciembre de 2019 en Wuhan, China, se detecta un brote de una nueva enfermedad respiratoria grave, el nuevo coronavirus (SARS-CoV-2), agente viral causante de la enfermedad Coronavirus 2019 o COVID-19 por su sigla en inglés *Coronavirus disease 2019* (Pinzón-Junca, 2020). La Organización Mundial de la Salud (OMS) declara el brote de COVID-19 como una emergencia de salud pública internacional. En junio de 2020 el número de muertes en Latinoamérica superó los cuatro millones, representando un 27% del total de muertes provocadas por este virus en el mundo (Pablos-Méndes et al., 2020), manifestando una mayor incidencia en Chile con una menor tasa de mortalidad, observando lo contrario en México, donde existe una incidencia menor, sin embargo, hay una mayor tasa de letalidad.

Brasil fue el primer país de Latinoamérica en registrar el primer contagio, seguido de México y luego Ecuador, con fecha 26 de febrero, 28 de febrero y 29 de febrero, respectivamente (Peñañiel-Chang, Camelli y Peñañiel-Chang, 2020). Luego del primer contagio, el virus se expandió en menos de un mes por toda Latinoamérica (Araujo-Banchon et al., 2020)

Tanto en Chile como en otros países de Latinoamérica, el contagio se produjo cuando los de la clase más alta regresaron de sus vacaciones en Europa o Estados Unidos, éstos rápidamente contagiaron a sus empleados quienes introdujeron el virus en sus respectivas comunidades. A medida que los contagios aumentaban, los gobiernos incrementaron camas de cuidados intensivos y ventiladores, sin embargo, el virus seguía propagándose rápidamente ante la ausencia de medidas eficaces. A pesar de que el bloqueo económico redujo la mortalidad, provocó un desempleo de un 11%, debiendo el gobierno ayudar a las familias con alimentos e ingresos familiares de emergencia, no satisfaciendo las necesidades de las personas (Pablos-Méndes et al., 2020).

En México la situación no fue muy diferente, donde los programas de ayuda social no fueron suficientes. Además, el gobierno nacional declaró, cuando comenzaron los primeros contagios, que el COVID-19 era una amenaza insignificante, dificultando la respuesta coordinada con los gobiernos locales, lo que tuvo como consecuencia un gran número de muertes, debido a la alta prevalencia de la pobreza y de enfermedades crónicas como la obesidad o la diabetes que complicaban el cuadro médico (Pablos-Méndes et al., 2020).

En Guatemala, a pesar de la rápida respuesta del gobierno que bloqueó de inmediato todo el país luego del primer caso confirmado, la necesidad económica hizo que las personas tuvieran que salir a trabajar, debido a la alta tasa de mercado informal correspondiendo a un 75% de los trabajadores, lo que provocó más de 100 muertes a mediados de julio de 2020 (Pablos-Méndes et al., 2020).

Paulatinamente comenzaron a cerrarse las escuelas en todos los países de Latinoamérica, así también los lugares de culto, comercio no esencial y cierre de fronteras. El sistema de salud comenzó a colapsar, así también los cementerios y servicios funerarios, dejando el recuerdo imborrable del desbordamiento de cadáveres en las calles de Ecuador, las excavaciones de fosas comunes, morgues provisionales y sepulturas e incineraciones en masa, como ocurrió en Brasil y México (Castañeda-Hernández y Rodríguez López, 2020).

Uno de los países latinoamericanos más afectados por esta pandemia fue, sin duda, Brasil, pudiendo explicarlo por las decisiones gubernamentales de su presidente, quien declaró el COVID-19 como un “resfriado común o gripe”, permitiendo el libre desplazamiento de la población, reuniones, contacto físico, cuidando de esta manera la economía y el empleo del país, que se veían fuertemente afectados por las medidas que otros países estaban tomando.

Perú es el segundo país más afectado por la pandemia, a pesar de haber tomado temprano medidas como el confinamiento, cierre de fronteras y toques de queda. Estas medidas no fueron cumplidas por factores más bien sociales, como la necesidad de salir a trabajar dadas las altas tasas de mercado laboral informal, lo que explica el contagio masivo y gran cantidad de fallecidos.

Por otro lado, en Chile se tomaron medidas como el cierre de fronteras, instalación de controles sanitarios en los terminales de buses y necesidad de permiso temporal para cruzar estas barreras sanitarias. Pero las medidas tomadas no fueron lo suficientemente tempranas logrando un contagio masivo en poco tiempo (Castañeda-Hernández y Rodríguez López, 2020).

Latinoamérica muestra un grado de afectación severo por el COVID-19, debido a los sistemas de salud precarios, la débil infraestructura sanitaria, la alta prevalencia de enfermedades crónicas, la pobreza e inequidad (Pablos-Méndes et al., citado en Palomera-Chávez et al., 2021)

Todo esto ha tenido como consecuencia un gran impacto psicológico, conllevando un aumento en los niveles de depresión, estrés y ansiedad en la región, siendo los más jóvenes los más afectados por la pandemia, debido a la alteración en los patrones de conducta y estilo de vida producido por las restricciones sanitarias. Siendo común también en las poblaciones la sintomatología de estrés postraumático durante los brotes de coronavirus (Palomera-Chávez et al., 2021). Un estudio realizado en Bolivia observó que un 16% de la población presentaba depresión, un 24% manifestó ansiedad, un 26% estrés y un 27% impacto psicológico (Wanderley, Losantos, Tito y Arias, 2020).

La llegada del COVID-19 trajo consigo un cambio rotundo en la vida de las personas, en la forma de comunicarse con los demás, el contacto personal, los besos, abrazos, y sin lugar a duda, la forma de vivenciar y enfrentar la muerte, ya que si bien, cada comunidad tiene patrones sociales determinados para enfrentar la pérdida de un ser querido, la emergencia sanitaria de COVID-19 ha generado una ruptura significativa en los momentos de los rituales funerarios (Alemany Menéndez et al., 2021).

Marco metodológico

Para abordar el tema y buscar responder a la pregunta de investigación, se realizó una revisión narrativa de la literatura, la cual es apropiada para describir y discutir el desarrollo o el "estado del arte" de un determinado asunto, desde el punto de vista teórico o contextual, además permite al lector, adquirir y actualizar el conocimiento sobre una temática específica en corto espacio de tiempo (Rother, 2007).

Para esto, se utilizaron como fuentes de información bases de datos digitales, siendo éstas "Biblioteca Digital de la Universidad de Chile", "SciELO", "Google Académico" y "WOS". Se consideraron artículos en español, inglés y portugués, utilizando las palabras claves que se presentan a continuación en la Tabla 1, cada una con su ecuación booleana correspondiente

Tabla 1

Palabras claves utilizadas en la búsqueda de artículos

Idioma de búsqueda	Palabras Claves
Español	“Pandemia”, “Covid-19”, “muerte”, “rituales funerarios”, “ritos fúnebres”, “duelo”, “Latinoamérica”, “impacto emocional”
Portugués	“Pandemia”, “Covid-19”, “morte”, “rituais funerários”, “ritos”, “luto”, “Latinoamérica”, “impacto emocional”
Inglés	“Pandemic”, “covid-19”, “death”, “funerary practices”, “funeral rituals”, “mourning”, “grief”, “Latin American”, “emotional impact”

Fuente: Elaboración propia

La búsqueda se realizó en un periodo de dos meses, entre julio y agosto de 2022, examinando los títulos y resúmenes de cada artículo, descartando los que se alejaban del objetivo de investigación y buscando los textos completos de aquellos artículos potencialmente relevantes, verificando su adecuación a los criterios de inclusión que eran los siguientes:

- El título del artículo tiene relación con la pregunta de investigación.
- Adecuación del contenido del resumen al objetivo de investigación.

Fueron seleccionados en una primera etapa un total de 24 artículos, siendo 10 en español, 6 en portugués y 8 en inglés. Posterior a esto, se hace una segunda selección estableciendo los siguientes criterios de exclusión:

- Artículos no centrados únicamente en los países de América Latina
- No considera impacto emocional
- No considera los relatos de los familiares de fallecidos por COVID-19

Siendo finalmente seleccionados 5 artículos que cumplieran fielmente con los criterios establecidos, siendo dos de ellos producidos en Brasil, un artículo de Ecuador, uno de Colombia y uno de México, de los cuales un estudio utilizó un enfoque cuantitativo y cuatro de ellos utilizaron una metodología cualitativa. Cabe mencionar que la literatura con respecto al tema es aún escasa, especialmente con relación al impacto emocional existente como consecuencia de la ausencia de rituales funerarios por causa de la pandemia de COVID-19.

Resultados

A continuación, se presentan los textos seleccionados que cumplieron fielmente con los criterios establecidos.

El estudio de Oliveira et al. (2020), tenía como objetivo comprender los sentidos atribuidos al fenómeno de la supresión de rituales fúnebres en familiares de fallecidos por COVID-19. Para esto realizaron una investigación cualitativa, utilizando documentos de tipo escritos, personales, abiertos al público y que no fueron producidos exclusivamente para la investigación, siendo el corpus de la investigación constituido por la producción textual de relatos existentes con anterioridad a este estudio. Se recogieron relatos de blogs, redes sociales virtuales (Twitter) o narrativas producidas en contexto de reportajes en los medios de comunicación digitales. Los relatos extraídos fueron organizados y analizados con los pasos del análisis temático inductivo.

En los resultados de este estudio se encontró que el primer sufrimiento de los familiares es no poder acompañar a su ser querido durante la enfermedad, ya que ésta es diagnosticada y el paciente es llevado a urgencias, donde la familia es impedida de acompañarlo, pasando a recibir escasas noticias por teléfono, acompañado además del quiebre de la falsa ilusión de invulnerabilidad frente al virus por parte de la familia. Se detectó también que afecta profundamente a los familiares el hecho de que el Coronavirus es una enfermedad grave en la cual la persona padece y muere solitariamente, en intenso sufrimiento, llevando a los familiares a repensar ciertas creencias y concepciones erróneas, por ejemplo, que el virus “no es tan grave”. Luego, además de tener que lidiar con la experiencia traumatizante de la pérdida, dado el contexto de pandemia, los rituales funerarios están supeditados a determinadas limitaciones de aforo de personas y tiempo de duración. Estas limitaciones

generan en las familias una sensación de haber “saltado una etapa” (Oliveira et al., 2020), ya que consideran que es imprescindible compartir el pesar y recibir soporte social después de la muerte. En la cultura brasileña los rituales funerarios están tan naturalizados en lo cotidiano que su suspensión, a pesar de estar justificada, dejan en los familiares una sensación de incredulidad y profundo sufrimiento, dejando la sensación de que un ciclo se abrió y no se cerró. Viéndose reflejado en el siguiente relato: “La cosa más triste del mundo es perder un hijo, no poder ir al entierro, no poder hacer nada. Es muy difícil, difícil, difícil. Hasta que nosotros no aguantamos más (madre)” (p.5).

También percibieron en el estudio que las medidas sanitarias durante los rituales funerarios son percibidas por los familiares como un factor de “deshumanización”, especialmente el corto tiempo para velorio, número reducido de personas presentes y el ataúd cerrado. Todo esto potencializa el dolor y sufrimiento de los familiares, a medida que se imposibilita que ellos puedan recibir apoyo social, debido al estigma asociado a la enfermedad. Los familiares sienten que no son percibidos como sujetos vulnerables que necesitan apoyo y protección, sino que pasan a ser vistos como una potencial fuente de contagio, aumentando en ellos sus sentimientos de soledad y desaliento. Lo que se refleja en la siguiente cita:

“Como si ya no bastase todo eso, ahora tenemos que lidiar con el dolor del prejuicio. Hasta una conocida, que sabe de todo el sufrimiento que estamos enfrentando en nuestra familia, atravesó para el otro lado de nuestra vereda, con miedo de infectarse. Ya escuchamos vecinos diciendo que nuestra casa estaba llena de “infectados del coronavirus” (hija)” (p.6).

Los autores manifiestan que los relatos están impregnados de dolor, rabia y sentimientos de perplejidad y abandono, pero también apuntan a desarrollar acciones y mecanismos de protección buscando minimizar el sufrimiento. Aquí se destaca la importancia de establecer un vínculo de confianza con el equipo de salud. Así también mencionan que la falta de empatía es una de las mayores dificultades a ser enfrentadas por los dolientes. Algunos familiares buscan amortiguar el dolor en la idea de que pudo existir un propósito mayor en la pérdida de su ser querido, por ejemplo, sirviendo para que otros se cuiden más. Esa necesidad de atribuir un sentido noble y humanitario para la muerte del familiar puede ofrecer alivio frente a lo imponderable de la situación vivida. De hecho, encontrar un

propósito y significado para la vida que terminó de repente es visto como un factor de protección contra el duelo complicado.

Concluyen los autores que después de la muerte solitaria y desamparada, la suspensión del velorio y el imperativo de un entierro rápido, en la presencia de pocos familiares y con el ataúd sellado, completan el ciclo de pérdida de los rituales de despedida. Algunas etapas del proceso de construcción de sentido son suprimidas, dificultando la aceptación de la pérdida. A partir del momento en que los familiares se ven impedidos de realizar los rituales de despedida, debido a las restricciones impuestas por la pandemia, todo el proceso de duelo puede tornarse más doloroso e inclusive incompleto. Eso puede desencadenar sufrimientos psicológicos que tienden a arrastrarse indefinidamente, suministrando materia prima para el desarrollo del luto complicado.

Por otro lado, el estudio de Dantas et al. (2020), tenía como objetivo discutir aspectos universales y particulares del duelo ocasionado por la pandemia de COVID-19. Para esto se recogen relatos de familiares de pacientes fallecidos por Coronavirus, quienes participaron de los espacios de escucha ofrecido por el grupo APEM-COVID, que es un servicio dirigido a pacientes internados por COVID-19 y a sus familiares, en el Hospital de Clínicas de la Universidad de Campinas, en el estado de Sao Paulo, Brasil.

En estos relatos se percibe por parte de los familiares una sensación o sentimiento de irrealidad, que, si bien en otras circunstancias ya era frecuente, debido a la imposibilidad de ver o tocar el cuerpo, adquiere mayor intensidad. Siendo temprano para detectar efectos emocionales a largo plazo debido a esta ausencia de rituales funerarios, ya es sabido que esta ausencia dificulta la elaboración del duelo (Mayland et al, 2020 en Dantas et al, 2020). Esto se ve reflejado en el siguiente relato:

“Sonhei que vi “ele” (o pai) presencialmente, no caixão... porque só tinha visto por foto. Acho que sonhei porque eu queria tanto ter visto... não ver o corpo contribui para não entender que morreu, parece que não é real.”
[Soñé que lo vi a él (el padre) presencialmente, en el ataúd... porque solo lo había visto por foto. Creo que soñé porque yo quería tanto haberlo visto... no ver el cuerpo contribuye a no entender que murió, parece que no es real.] (Dantas et al., 2020, p.517)

Los investigadores percibieron que la imposibilidad de contemplar el cuerpo contribuye a la creación de fantasías acerca del cambio de cuerpos, es decir, la idea de haber enterrado a la persona equivocada, lo que se ve alimentado por las noticias publicadas de casos en que esto había ocurrido.

Otro sentimiento común detectado entre los familiares de fallecidos por COVID-19, es la sensación de incompletitud, de una “tarea sin acabar” o una “misión incumplida”, que refieren a las expectativas del propio fallecido con respecto a sus deseos expresados en vida con respecto a estos ritos. En los familiares las ceremonias no realizadas son vivenciadas como una pérdida más y genera ambigüedad, creando la ilusión de que “aún puede ocurrir”, en otros casos donde se han realizado ceremonias genera la sensación de que “ocurrió, pero no valió”. También manifiestan sentimientos de culpa con relación al fallecido por no haberle dado un funeral idealizado o digno, ya que muchas veces los cuerpos eran enterrados en “bolsas de basura”, debido a las normas sanitarias.

Otro aspecto detectado durante la investigación es el dolor de la separación del ser querido y no poder despedirse, debido a las restricciones sanitarias no era permitido ver a los pacientes. Los familiares llevaban al paciente al hospital sin imaginar que nunca más lo volverían a ver, por lo tanto, no hay una preparación para la pérdida. Familiares manifiestan que al momento de llevarlo al hospital “no se veía tan mal”, generando la esperanza de que pronto se recuperaría.

Un sentimiento de culpa es frecuente también en los familiares, principalmente en dos ámbitos: cuando el contagio ocurre dentro de la familia, habiendo discordancias previas con relación a los cuidados entre los miembros de la familia. Por otra parte, cuando el contagio ocurre en el ambiente intrahospitalario, en los casos en que el paciente es internado por otro motivo y se contagia de COVID-19 ocasionándole finalmente la muerte. En este último caso, los familiares expresan sentimientos de culpa y rabia, sintiéndose responsables por la internación que produjo, días más tarde, el contagio de coronavirus que lo llevó a la muerte, dejando la sensación de que fue una muerte injusta o que podría haber sido evitada.

En algunos casos, familias sufrieron la pérdida de dos o más seres queridos en poco tiempo, quienes manifiestan sentir una sensación de vivir una situación que excede, ultrapasando su capacidad de lidiar con el dolor y la adversidad, se sienten “pasados”. Expresan sentir una sensación, apenas ocurre la muerte, de estar anestesiados o emocionalmente

dormidos. Familiares declaran no tener tiempo para sufrir por una pérdida cuando ya viene otra. Como vemos en el siguiente relato:

“Parece que nem deu tempo de sofrer por uma perda, daí tem que ser forte para o outro que está internado... depois sofria pelo outro e já tinha que ser forte de novo... Parece que você está sofrendo por todos e não está sofrendo direito por nenhum ao mesmo tempo.” [Parece que ni dio tiempo de sufrir por una pérdida, ahí tiene que ser fuerte para el otro que está internado... después sufría por el otro y ya tenía que ser fuerte de nuevo... Parece que usted está sufriendo por todos y no estar sufriendo bien por ninguno al mismo tiempo.] (Dantas et al., 2020, p.522)

Respecto a las pérdidas múltiples originadas por el coronavirus los investigadores concluyen que aún es temprano para determinar los efectos a largo plazo.

En Brasil surgieron discursos que produjeron conflicto respecto al COVID-19 con relación a la gravedad de la pandemia, medidas de aislamiento social, uso de mascarillas, posibilidad de tratamiento, número de muertes, supuesta ganancia de dinero por cada fallecido por COVID-19, entre otros. Esto hizo que familiares pusieran en duda la realidad de la pandemia, para ellos, la muerte de su familiar queda bajo sospechas y de una inquietante sensación de “fraude” que posiblemente dificultará el proceso de duelo.

Con el objetivo de apoyar a las familias en este proceso, el APEM-COVID generó espacios de escucha empática y acogedora dirigida a los familiares de fallecidos por COVID-19. Además, estimuló y viabilizó la realización de videollamadas entre los pacientes y sus familiares, lo que dio un poco de conformidad, como vemos en el siguiente relato:

“Eu vi e fiquei um pouco mais conformada de poder vê-lo no hospital... Tudo o que eu queria era ter estado ao lado dela. Mas se não fosse a videochamada, não teria mais visto minha mãe viva. Não tem comparação com quando se está próximo, mas para mim foi melhor que nada.” [Yo la vi y quedé un poco más conformada de poder verla en el hospital... Todo lo que yo quería era haber estado al lado de ella. Pero si no fuese por la videollamada, no habría visto más a mi mamá viva. No

hay comparación con cuando se está cerca, pero para mí fue mejor que nada.”] (Dantas et al., 2020, p.526)

Reyes & Alcívar (2021), buscaron analizar en las familias los efectos de la supresión de rituales funerarios por la pérdida de sus seres queridos afectados por COVID-19, para esto emplearon una metodología de tipo descriptiva con enfoque cuantitativo, realizando encuestas a familiares que han perdido un ser querido por Covid-19.

Los resultados demuestran que el dolor es mayor cuando un familiar muere por Covid-19 y no es posible realizar ritos fúnebres. Un 31% de los encuestados siente un dolor fuerte que le impide superar la pérdida del familiar y un 53% tiene un grado de afectación moderado, siendo solo un 16% que ha podido superar la pérdida, pero debiendo acudir a alguna ayuda profesional.

La supresión de los rituales funerarios está generando un evento traumático, angustia y dolor por no poder despedir a su familiar, esto debido a la ausencia de misas, homenajes, palabras de despedida, velatorios, rezos y demás tradiciones religiosas que impiden la superación de la pérdida, al no cumplir el anhelo del ser querido (Reyes & Alcívar, 2021).

Entre los resultados de la presente revisión se encuentra también el estudio de García y Parra (2022) que buscaba, entre otros, identificar las repercusiones del cambio en los ritos funerarios como consecuencia del COVID-19. Para lograr este objetivo realizaron entrevistas a 6 familiares de fallecidos por coronavirus de la ciudad de Bogotá, Colombia. Posterior a las entrevistas individuales se realizó una entrevista de grupo focal. Luego de analizar los resultados, surgen 13 categorías, de las cuales 5 de ellas se relacionan con el impacto emocional que surge a partir del cambio de los rituales funerarios, las cuales son presentadas a continuación:

El primer lugar se encuentra la categoría “No ver el cuerpo del ser querido y solo recibir sus cenizas, hace que la etapa de negación sea más fuerte”. Acá surge la necesidad de ver por última vez y despedirse del ser querido, dando inicio al proceso de duelo, además el hecho de no ver el cuerpo genera cierta incertidumbre frente a la pérdida. Se duda si las cenizas entregadas corresponden efectivamente al fallecido. Los familiares manifiestan sentir que se pierden un momento importante en el proceso de despedida del familiar.

En segundo lugar, está la categoría “La incertidumbre y las dificultades en la realización del rito fúnebre, como sensaciones significativas en el familiar a raíz de los cambios por la pandemia del COVID-19”, es decir, debido a las circunstancias propias de la pandemia y su impacto en la economía, las personas tuvieron un dolor adicional al dolor de la pérdida, dadas las condiciones económicas, generando angustia e incertidumbre con respecto a los rituales de despedida, ya que había cambiado la forma en que habitualmente se hacía, como cargar el ataúd de la persona fallecida, esto, entre otras cosas, ya no era posible.

En tercer lugar, se encuentra la categoría “Incredulidad, shock y negación como primeras reacciones de los dolientes ante la noticia de la pérdida de un familiar”, enfrentarse a la pérdida de un ser querido es un shock para el cuerpo y la mente, la reacción inicial puede no incluir lágrimas, es como si el doliente no se hubiera percatado de lo que ha ocurrido o como si lo estuviera negando. Esto puede verse agravado por la situación de pandemia en que el paciente ingresaba al hospital y los familiares al no poder acompañarlo al interior de éste, no fueron testigos del deterioro de la salud de su ser querido o porque los altibajos en la salud del enfermo no hacían predecir un diagnóstico de muerte.

La cuarta categoría es “La culpa como un sentimiento que acompaña a la pérdida de un ser querido en tiempos de pandemia”, este sentimiento de culpa se puede dar por situaciones ocurridas y que el doliente considera irreparables o por ideas irracionales que generan angustia y malestar. Los pensamientos recurrentes de culpa son no haber podido hacer más por la salud de su familiar, porque siente que no aprovechó lo suficiente el tiempo que pasó junto con esa persona, entre otros. La ausencia de rituales funerarios impidió pedir perdón, aunque fuera simbólicamente, o expresar mediante el llanto el sentimiento que hubiese podido aliviar la sensación de culpa.

Finalmente, la quinta categoría que surgió de esta investigación es “La soledad como sensación que acompaña al doliente después de la pérdida del ser querido”, esto principalmente porque en la mayoría de los casos el fallecido vivía con ellos, creando ahora esa sensación de vacío. Además, la persona cumplía un rol dentro del núcleo familiar, generando ahora esa sensación de soledad.

Finalmente, se encuentra el estudio de Rodríguez, Barrera y Uribe (2021), quienes realizaron entrevistas mediante videollamadas a ocho personas de entre 45 a 60 años,

pudiendo identificar en siete de las ocho personas, una notoria dificultad para expresar emociones, excepto la ira, la cual se percibió en todas las entrevistas. La restricción presente en la realización de los rituales funerarios genera en los dolientes un sentimiento de deuda con quienes fallecieron, debido a la creencia de que ellos “merecían más” al momento de llevar a cabo estos ritos. Los entrevistados comentan haber recurrido a la ira para intentar sobrellevar este sentir.

Los autores encontraron también que los entrevistados parecían presentar un duelo más extenso y doloroso debido a la ausencia y/o restricciones de ritos fúnebres, debido a la falta de sostenimiento que normalmente se recibe en la fase de velación y sepulcro. Los familiares comentan que “en algún momento nos imaginamos ese funeral lleno de amigos, de familia, de gente, de no darse abasto de las condolencias” (p.8). Los autores concluyen que la psique humana busca protegerse negando la pérdida y tomando la ira como su defensa, desviando y transformando el sentimiento de tristeza en ésta. Finalmente consideran que una correcta despedida es fundamental para que el duelo no se vuelva patológico.

Análisis

La pandemia por COVID-19 significó una serie de cambios a nivel mundial en diversos aspectos, entre ellos, la forma en que vivenciamos la muerte, generando múltiples cambios en la realización de los rituales funerarios. A continuación se describen algunos de estos cambios originados y cómo éstos impactaron emocionalmente en los familiares de los fallecidos a la luz de la nueva literatura, para esto se presentan categorías de análisis, considerando como éstas se vivenciaban antes de la pandemia y como cambió luego de la llegada del coronavirus.

Con respecto a las categorías vivenciadas antes de la pandemia, se encuentran tres categorías principales, siendo 1) ver el cuerpo del fallecido, 2) realización de rituales funerarios y 3) cumplir con los deseos de la persona fallecida con relación a los rituales funerarios. Sin embargo, una vez revisada la literatura, se percibe que, iniciada la pandemia, la categoría “realización de rituales funerarios” presenta modificaciones importantes, por lo que se divide en dos categorías adecuándose a la nueva realidad, agregando las categorías a) limitaciones en los rituales funerarios y b) ausencia de rituales funerarios. Estas categorías se presentan en la siguiente tabla:

Tabla 2

Categorías de análisis

Tema	Subtema
1. Prepandemia	1.1 Ver el cuerpo del fallecido
	1.2 Realización de rituales funerarios
	1.3 Cumplir con los anhelos de la persona fallecida con relación a los rituales funerarios
2. Postpandemia	2.1 No ver el cuerpo del familiar fallecido
	2.2 Limitaciones en la realización de los rituales funerarios
	2.3 Ausencia de rituales funerarios
	2.4 No cumplir con los anhelos del ser querido con relación a los rituales funerarios.

Fuente: Elaboración propia

1) Prepandemia

1.1) Ver el Cuerpo del Fallecido

La primera categoría a considerar previa a la pandemia es ver el cuerpo del fallecido, esto significa que cuando una persona fallecía, dependiendo de las circunstancias de su deceso, el cuerpo sin vida era entregado a familiares, seres cercanos o personas que se hicieran responsables por darle un entierro digno al fallecido en caso de no tener familiares. Esta entrega podía ser inmediata en caso de morir en un recinto hospitalario, o bien después de algunas horas o incluso días, en los casos en que se debía hacer autopsia para indagar sobre los motivos de su muerte (Cohen, Bosio y Muro, 2011). Una vez recibido el cuerpo era posible verlo, tocarlo, maquillarlo, vestirlo, entre otras prácticas, para luego ponerlo en un ataúd, donde quedaba disponible para que los asistentes de los distintos rituales funerarios pudieran verlo.

Antes de la llegada de la pandemia era posible, en la mayoría de los casos, ver el cuerpo de la persona fallecida, sólo no era posible hacerlo en ocasiones en que el cuerpo se

encontraba muy deteriorado o cuando la persona había manifestado en vida el deseo de no ser visto, dejando el ataúd cerrado. Autores como García-Viniegras y Pérez Cernuda (2013), Dantas et al. (2020) y García y Parra (2022) coinciden en que es necesario ver el cuerpo del ser querido dentro de un ataúd, con los ojos cerrados y sin respirar, rodeado de flores, velas, familiares y amigos que se encuentran para despedirlo con rezos y canciones, entre lágrimas y abrazos que demuestran el afecto y el apoyo de la comunidad. Ayudando esto a fortalecer los lazos comunitarios mediante un sentimiento de solidaridad entre los miembros (Yoffe, 2014), permitiendo a los dolientes expresar su dolor y las diversas emociones que los inundan, comenzando a aceptar la pérdida del ser querido. Si bien, es un momento de gran dolor, permite reconocer la realidad de la pérdida, así también su carácter definitivo e irreversible.

1.2) Realización de Rituales Funerarios

La segunda categoría corresponde a la realización de rituales funerarios, es decir, poder despedir al ser querido mediante velorios, ceremonias, rezos, entre otros, de acuerdo con los rituales habituales dentro de nuestra cultura latinoamericana.

Esta categoría es importante de considerar, ya que los rituales son significativos en el proceso de aceptación de la pérdida, permitiendo también a los dolientes exteriorizar el dolor sin ser juzgados por ello. En este momento se evidencia la muerte, transitando hacia la despedida. Los rezos, bendiciones, flores, velas y abrazos acompañan las expresiones de dolor y solidaridad entre los dolientes. Estos rituales son momentos de profunda carga emocional, donde en algunos casos se realiza con acompañamiento de un profesional.

Es el último contacto que se tiene con la persona fallecida, y a pesar de ser solo el cuerpo el que está ahí presente, los dolientes sienten la necesidad de acercarse para despedirse, agradecer o pedir perdón. La colectividad del dolor genera cierto consuelo en los dolientes, quienes además agradecen a los presentes este apoyo al finalizar los rituales funerarios, generalmente en la misa que se lleva a cabo antes del entierro (Yoffe, 2014).

Los rituales de despedida son una forma que tienen los dolientes también para expresar el cariño que sentían por la persona, como una manera de honrar y valorar a la persona fallecida. Es un momento en que se produce una legitimación y conciliación con el dolor, que, de no existir, dificulta en gran medida la posterior elaboración del duelo.

1.3) *Cumplir con los Anhelos de la Persona Fallecida con Relación a los Rituales Funerarios*

Finalmente, se encuentra la tercera categoría de análisis prepandémica, que es cumplir con los anhelos de la persona fallecida con relación a los rituales funerarios. Llama la atención la escasa literatura con respecto a esta temática, por lo que se hipotetiza que como muestra del cariño existente entre los familiares y la persona fallecida, se busca cumplir con los anhelos del fallecido relacionados con la realización de los rituales de despedida, quien probablemente expresó sus deseos en algún momento de su vida, ya sea manifestando preferencia por la cremación o por el entierro, lugar de la velación, si quiere que el ataúd se mantenga abierto o cerrado, rituales a desarrollar o incluso comidas a ser servidas a los presentes. El poder cumplir con la voluntad del difunto en este sentido, generaría en los familiares un gran consuelo y conformidad.

2) Postpandemia

Como resultado de esta revisión, se identificaron importantes cambios con respecto a estas categorías arriba mencionadas, que tienen relación con los rituales funerarios y cómo estos cambios han impactado emocionalmente en los familiares de fallecidos por COVID-19, los cuales son presentados mediante cuatro categorías de análisis.

2.1) *No Ver el Cuerpo del Familiar Fallecido*

Con respecto a la primera categoría de análisis que es no ver el cuerpo del familiar fallecido, se encontró que como efecto de las medidas sanitarias por el COVID-19, con el fin de resguardar la salud de las personas, se implementaron algunos protocolos con relación a la entrega de cuerpos, como limitar al máximo la manipulación del cadáver luego del deceso, prohibiendo la realización de tanatopraxia (García y Parra, 2022). Los cuerpos eran entregados en bolsas negras, en ataúdes sellados o solo se entregan las cenizas, quedando imposibilitados los familiares de ver el cuerpo de su ser querido que acababa de fallecer. Con respecto al impacto emocional que este impedimento de ver el cuerpo tuvo en los familiares, se encontró en el estudio de Dantas et al. (2020), que los participantes manifestaron tener una sensación o sentimiento de irrealidad, desencadenado por no poder ver el cuerpo directamente. Quienes manifestaron además que esto puede contribuir a generar fantasías relacionadas con el intercambio de cuerpos, es decir, que el cuerpo entregado no corresponda al de su ser querido, o no tener la certeza de que se está

enterrando a la persona correcta. No hay una convicción de la muerte del ser querido, generando una sensación de incredulidad.

Por otro lado, en la investigación de García y Parra (2022), identificaron una sensación de negación en los dolientes como consecuencia de no haber visto el cuerpo, quienes destacan la importancia de ver el cuerpo del fallecido para enfrentar la muerte como una realidad, dando paso al inicio del proceso de duelo.

2.2) Limitaciones en la Realización de los Rituales Funerarios

La segunda categoría de análisis sería las limitaciones en la realización de los rituales funerarios donde se encontró como resultado de este estudio que dado el contexto de pandemia, los rituales funerarios se vieron limitados en cuanto al aforo permitido de personas, el distanciamiento social entre los asistentes, tiempo de duración, entre otras medidas, lo que generó una sensación de haber “saltado una etapa”, según lo descrito por Oliveira et al., (2020), ya que los familiares consideran imprescindible compartir el pesar y recibir soporte social después de la muerte.

Los autores exponen también que, a pesar de que estas limitaciones están justificadas, deja en los familiares una sensación de incredulidad y profundo sufrimiento, sintiendo que “un ciclo se abrió, pero no se cerró”. Junto a esto se suma la percepción de los familiares de estas limitaciones como un factor de “deshumanización”, especialmente el corto tiempo de velación, el reducido número de personas presentes y el ataúd cerrado. Lo que vendría a potenciar el dolor y sufrimiento propios de la pérdida.

En el estudio de García y Parra (2022) los participantes presentaron una sensación de incertidumbre con respecto a estos cambios y limitaciones en los distintos rituales, debiendo adecuarse rápidamente a las medidas que se fueron implementando. A muchas familias les tocó enfrentar la muerte del ser querido y los gastos que eso conlleva, sin encontrarse en una buena situación económica, lo que dificulta más aun el proceso, es decir, no sólo no sabían cómo era el proceso de entrega del cuerpo o qué debían hacer, sino que además debían costear los gastos que eso implica. Más allá del dolor ante la pérdida, está la dificultad económica, que genera angustia e incertidumbre entre los familiares, ya que muchas veces la persona fallecida era parte activa del núcleo familiar no solo en lo afectivo, sino también en lo económico. En otras palabras, la pérdida no solo conlleva un desajuste con relación a la muerte del familiar desde lo afectivo, sino también desde lo económico.

Rodríguez, Barrera y Uribe (2021) notaron que entre los participantes de su estudio era frecuente un sentimiento de deuda hacia quienes fallecieron, debido a las restricciones en la realización de los rituales funerarios, sintiendo que su ser querido “merecía más” y no pudieron dárselo, teniendo esto como consecuencia un duelo más extenso y doloroso.

2.3) Ausencia de Rituales Funerarios

La tercera categoría corresponde a la ausencia de rituales funerarios, ya que debido a las restricciones sanitarias por la pandemia de COVID-19, en algunos casos no fue posible la realización de rituales funerarios, como ceremonias o velatorios, lo que dejó una sensación de sufrir una pérdida doble, es decir, la ausencia de rituales funerarios es considerada por los dolientes como otra pérdida más, además de la muerte del ser querido, como identificaron en el estudio de Dantas et al. (2020). Además, esta ausencia genera una sensación de ambigüedad, creando una falsa ilusión de que aún puede ocurrir (que se lleven a cabo los rituales funerarios), o en casos en que solo se hizo el entierro del cuerpo sin otro ritual, los familiares sienten que sucedió, pero que no valió. Por otra parte, en el estudio de Reyes y Alcívar (2021), exponen que la ausencia de estos rituales está generando un evento traumático, junto con aumento de angustia y dolor por no poder despedir a su ser querido de la manera en que esperaban.

En el estudio de García y Parra (2022) encontraron que existe un sentimiento de culpa entre los familiares de los fallecidos, relacionado a esta ausencia de rituales funerarios. Esto debido a que los familiares esperaban haber podido pedir perdón a su ser querido en el ritual de despedida, aunque fuera de forma simbólica, manifestando sentir culpa por no haber hecho más por su familiar, ya sea por situaciones ocurridas previamente a la enfermedad que lo llevó a la muerte o por diversos pensamientos recurrentes de culpa que provocan malestar y angustia. Tampoco pudieron expresar mediante el llanto ese sentimiento, que hubiese podido aliviar la culpa.

2.4) No Cumplir con los Anhelos del Ser Querido con Relación a los Rituales Funerarios.

La última categoría de análisis es “no cumplir el anhelo del ser querido con relación a los rituales funerarios”, la cual refiere a la imposibilidad de llevar a cabo determinadas acciones con respecto a los rituales de despedida que el fallecido había pedido a sus familiares en vida. En el estudio de Dantas et al. (2020) se identificaron sentimientos de culpa por parte

de los familiares con relación a la forma en que se llevaron a cabo los rituales funerarios, quienes manifestaron que no era como el ser querido lo había imaginado o hablado en vida, considerando que tampoco son expectativas fuera de lo común, pero merecía una despedida digna y no ser enterrado en las “bolsas de basura” en que eran entregados los cuerpos y posteriormente enterrado horas más tarde. Se percibe por parte de los familiares como una tarea incompleta, como algo que faltó hacer.

Así también en el estudio de Reyes y Alcívar (2021), se encontró un aumento de angustia y dolor como consecuencia de no cumplir con los anhelos del ser querido con respecto a los rituales de despedida que había soñado o pedido.

Discusión

En la sociedad latinoamericana actual, la muerte de un ser querido es concebida como una experiencia triste, la cual es seguida de un conjunto de reacciones de tipo físico, emocional y social denominada duelo (Echeburúa y Herrán, 2007). Este proceso de duelo se considera normal y necesario para asimilar y enfrentar la pérdida del ser querido (Freud, 1917), lo que no significa que en algún momento no se pueda desarrollar un duelo patológico.

Algunas de las expresiones emocionales más frecuentes luego de la pérdida de un ser querido son, el enojo, la negación, la rabia, la culpa o la resignación (Echeburúa & Herrán, 2007), dependiendo tanto de las relaciones entre los dolientes y el fallecido, como del contexto en que se desarrolla la pérdida (Palacio y Bernal, 2019).

Como vimos anteriormente, la pandemia por COVID-19 trajo consigo una serie de modificaciones con respecto a la muerte y a los rituales funerarios, impactando en gran medida a los familiares o seres más cercanos.

Un aspecto importante de cambio tiene relación con la primera categoría de análisis que es “no ver el cuerpo”, ya que los cuerpos de quienes fallecieron por el virus no pueden ser enterrados de la misma forma que aquellos que murieron por otras causas o que lo hicieron en otro contexto histórico, lo que afecta en la elaboración del proceso de duelo, la reorganización psíquica del doliente y la retoma de actividades anteriores a la pérdida (García y Parra, 2022). Esto puede ser explicado porque ver el cuerpo ayuda a concretizar la muerte y comenzar el duelo (Dantas et al., 2020), sin embargo, al no ver el cuerpo, se

puede generar una falsa esperanza de que realmente no esté muerto y se haya tratado de un error, generando la sensación de que el familiar no murió, que aún está en el hospital y que en cualquier momento puede llegar a casa.

Este impedimento de ver el cuerpo puede tener como consecuencia un retraso en las etapas que describe Meza Dávalos et al. (2008) con respecto al duelo, siendo la primera fase el negacionismo o incredulidad, que como declara Ramírez (2007), puede comenzar a ser superada al ver el cuerpo del fallecido.

A partir de esto se podría decir que a pesar de que la muerte por coronavirus se da generalmente por sorpresa, ya que la enfermedad avanza rápidamente hasta el momento de la muerte del paciente, los dolientes incluso en esa primera fase de negacionismo según lo descrito por Meza Dávalos et al. (2008), esperan poder despedir a su ser querido, verlo, tocarlo, maquillarlo, llorar junto al cuerpo o llevarle flores. Socialmente hay una expectativa cuando fallece un familiar, lo que se ve drásticamente alterado por las restricciones sanitarias impuestas como medidas de protección y que impide realizar todos estos rituales que los familiares necesitan para enfrentar esta pérdida. Probablemente en circunstancias anteriores a la pandemia, se ve el cuerpo del fallecido y no se acepta la pérdida en ese mismo momento, pero queda en el recuerdo esa imagen de la persona dentro del ataúd y da, de alguna manera, cierta conformidad, más aún cuando el cuerpo del fallecido está bien arreglado, con un rostro sereno, lo que da cierta conformidad que la persona está descansando y que quizás la última expresión en su rostro fue una sonrisa.

Dentro de la cultura latinoamericana es común realizar velorios, ceremonias y entierros, los cuales se caracterizan por la cercanía y afecto entre sus asistentes, no siendo posible en contexto de pandemia mantener estas prácticas, debiendo respetar las medidas sanitarias mediante el distanciamiento social, la ausencia de muestras de afecto físicas, la limitada cantidad de personas permitidas en dichos rituales y el ataúd obligatoriamente sellado que no permitía ver el rostro del familiar por última vez, dando lugar a la segunda categoría que refiere a las limitaciones en los rituales funerarios. Las que pueden tener como consecuencia la pérdida, de alguna manera, de este acompañamiento comunitario característico de la cultura latinoamericana, dificultando el proceso de duelo, haciéndolo más doloroso, pudiendo tener como consecuencia un duelo complicado o patológico como expone Herrera (2021). Si bien los rituales funerarios sirven para facilitar la adaptación de

los dolientes a la nueva realidad y aceptar que sí ocurrió la pérdida, ayudándolos a superar las distintas etapas de duelo, la realidad frente a la actual pandemia, en concordancia con Oliveira et al., (2020) es que estos rituales llenos de limitantes tienden a perturbar a los dolientes más que confortar.

En cuanto a la incertidumbre que sienten los familiares con respecto al desajuste económico debido a la muerte del familiar, es importante considerar el gran impacto que ha tenido la pandemia en la economía en Latinoamérica. La que tuvo como consecuencia que muchas personas debieran dejar sus hogares para salir a trabajar, resultando posteriormente contagiados de coronavirus (Wanderley, Losantos, Tito y Arias, 2020). Pese a la incesante propaganda de la frase “quédate en casa” que buscaba mantener a las personas en sus hogares con el fin de evitar nuevos contagios. Por esta razón se puede pensar que en la población latinoamericana ya existía una sensación de incertidumbre con respecto al tema económico, dadas las altas tasas de mercado informal, como ocurre en Chile con un 26% de trabajo informal, México con un 56,2%, (CEPAL, 2022) y Bolivia con un 83% de los trabajadores que no tiene un contrato formal (Wanderley, Losantos, Tito y Arias, 2020), obligando de alguna manera a las personas a salir de sus casas para trabajar, de otro modo, no tendrían dinero para comer ni para pagar los gastos básicos de sobrevivencia. Esto se ve acentuado en los casos en que fallecía un familiar, donde además se genera un gasto extra por concepto de rituales funerarios, perdiendo también en algunas ocasiones, una fuente de ingreso de dinero del hogar.

Este cambio de rituales funerarios producto de la pandemia está provocando en los familiares de los fallecidos sentimientos de profunda angustia y dolor, que si bien eran emociones que estaban presentes también en los procesos de duelo previos a la pandemia, estas emociones se ven acentuadas por los recientes cambios en los rituales de despedida. Las limitaciones o ausencia de los rituales fúnebres generan en los familiares una sensación de incredulidad, como manifiestan García y Parra (2022), y Oliveira et al. (2020), pudiendo dificultar en gran medida el desarrollo del proceso de duelo, lo que se contrapone con lo expuesto por Pérez Sales y Lucena (2000) quienes plantean que los rituales funerarios deben cumplir la función de ayudar a los familiares a asumir la realidad de la pérdida. Así también, los rituales funerarios deberían facilitar a los dolientes las manifestaciones públicas de dolor y el refuerzo de lazos de amistad y parentesco (Pérez Sales y Lucena, 2000). Es importante considerar también que en nuestra cultura existe cierto prejuicio hacia

quienes expresan el dolor por la pérdida de un ser querido en un contexto diferente del ritual funerario.

Otro motivo que lleva a los familiares a sentirse culpables es no cumplir con los anhelos del fallecido en relación a los rituales funerarios propios, es decir, la pandemia vino para cambiar totalmente los rituales de despedida a los que estábamos acostumbrados, imposibilitando la realización de los últimos deseos de los fallecidos por COVID-19, generando diversas emociones en los familiares, entre ellas, la culpa.

Este incumplimiento de los anhelos del ser querido puede afectar en dos sentidos, primero hacia el ser querido, que puede generar un sentimiento de deuda en los familiares hacia el fallecido, con la sensación de que no se hizo lo suficiente, que se pudo haber hecho más o que el difunto merecía más y no fue posible dárselo. Y, por otro lado, la disconformidad de los familiares de no cumplir quizás con sus propias expectativas con respecto a estos rituales o los anhelos de darle a su ser querido la mejor despedida.

Conclusión

La pandemia de COVID-19 ha tenido grandes consecuencias económicas, sociales y psicológicas, así también ha cobrado un sinnúmero de muertes en todo el mundo, dejando en los familiares sentimientos de profunda tristeza y angustia, lo que se ve acentuado por los cambios en los rituales funerarios debido a este contexto. Estas nuevas formas de llevar a cabo los rituales funerarios provocaron sentimientos y emociones propias de este inédito proceso de despedida que podrían tener como consecuencia procesos de duelo complicados y de mayor duración.

Prácticas como ver el cuerpo del fallecido, tocarlo y arreglarlo, que nos parecían tan cotidianas e intrascendentes antes de la pandemia, parecen tener ahora un rol fundamental para el desarrollo del duelo y que está siendo imposibilitado de llevar a cabo en contexto de pandemia. Esto debido los cambios realizados en los distintos rituales de despedida, que está generando fuertes sentimientos de incredulidad entre los familiares de las víctimas del coronavirus, prolongando la fase de negación ante la pérdida y acentuando las emociones propias de la muerte de un ser querido. En esta misma línea Dantas et al. (2020) y García y Parra (2022), manifiestan que es necesario ver el cuerpo del fallecido para concretizar la muerte, lo que ayudaría a superar la fase de negación, dando paso a las

siguientes fases del duelo. A partir de esto, nace la inquietud sobre la necesidad de “ver” para creer, dado que se identificó esta revisión que se dificulta en gran medida la elaboración del duelo cuando no hay un cuerpo visible que permita la verificación de que la muerte ocurrió.

Así también, los estudios revisados resaltan la importancia de la participación de los familiares y de la comunidad en estos rituales funerarios, ya que éstos ayudan a transitar por las distintas etapas del duelo, destacando que el apoyo social ayuda a afrontar el dolor de la pérdida, generando en los familiares profunda angustia y dolor no haber tenido estos espacios de contención, debiendo enfrentar esta pérdida en un contexto pandémico de profunda incertidumbre y soledad.

Finalmente, el corto periodo de tiempo comprendido desde el inicio de la pandemia hasta la fecha del presente estudio y la escasez de literatura al respecto hace difícil establecer los efectos psicológicos que tendrán a largo plazo estos cambios en la realización de los rituales funerarios, por lo tanto, es posible concluir que estos cambios podrían ser un factor de riesgo para la elaboración del duelo en los familiares de fallecidos por COVID-19. Lo anterior coincide con las conclusiones de García y Parra (2022), quienes manifiestan que estos cambios en los rituales de despedida generan sentimientos y emociones que son más difíciles de procesar, pudiendo repercutir en la posterior elaboración del duelo.

Referencias

- Alemaný Menéndez, B., Canales Hernández, F., Jiménez Pérez, J., Morandé Arancibia, J., Verdugo López, P., & Vergara Panguí, M. (2021). Ritos funerarios y pandemia. *Revista del Laboratorio de Etnografía*, 3(3).
- Alizade, A. M. (2012). *Clinica con la muerte* (2ª ed.). Biebel.
- Araujo-Banchon, W., Aveiro-Robalo, R., Fernández, M., Castro-Pacoricona, D., Moncada-Mapelli, E., Chanava, W., y Mejía, C. (2020). Progresión de casos de Coronavirus en Latinoamérica: Análisis comparativo a una semana de iniciada la pandemia en cada país. *Kasmera*, 48(1). doi:<https://doi.org/10.5281/zenodo.3830750>
- Ariès, P. (1981). Invisible death. *The Wilson Quarterly*, 5(1), 105-115.
- Athie Guerra, Y. (2014). La muerte y el proceso de morir en el Budismo.
- Averill, J., & Nunley, E. (1988). Grief as an Emotion and as a Disease: A Social-Constructionist Perspective. *Journal of Social Issues*, 44(3), 79-95.
- Barragán Estrada, A., y Morales Martínez, C. (2014). Psicología de las emociones positivas: generalidades y beneficios. *Enseñanza e investigación en psicología*, 19(1), 103-118.
- Beltrán, W. M., Medina-Morales, N., y Roberto, Y. (2021). La secularización de los ritos fúnebres en el catolicismo popular. *Revista SC*(33), 141-170. doi:<https://doi.org/10.18046/recs.i33.4027>
- Bloch, S. (2008). *Surfeando la ola emocional*. Uqbar.
- Castañera-Hernández, D. M., y Rodríguez López, J. (2020). Covid 19 - La pandemia. Una mirada a sus impactos en Latinoamérica. *Revista Venezolana de Gerencia*, 25(91), 746-753. doi:[10.37960/rvg.v25i91.33162](https://doi.org/10.37960/rvg.v25i91.33162)
- Caycedo Bustos, M. L. (2007). La muerte en la cultura occidental: antropología de la muerte. *Rev. Colomb. Psiquiat.*, 36(2).

- CEPAL. (2022). Informalidad laboral en América Latina. Propuesta metodológica para su identificación a nivel subnacional. *Documentos de proyectos*.
- Dantas, C. d. R., Azevedo, R. C. S. d., Vieira, L. C., Côrtes, M. T. F., Federmann, A. L. P., Cucco, L. d. M., Rodrigues, L. R., Domingues, J. F. R., Dantas, J. E., Portella, I. P., & Cassorla, R. M. S. (2020). O luto nos tempos da COVID-19: Desafios do cuidado durante a pandemia. *Revista Latinoamericana de Psicopatología Fundamental*, 23(3), 509–533. <https://doi.org/10.1590/1415-4714.2020v23n3p509.5>
- Durkheim, É. (1982). Les Formes élémentaires de la vie religieuse [Las formas elementales de la vida religiosa]. Akal editor. (Trabajo original publicado en 1912).
- Echeburúa, E., y Herrán, A. (2007). ¿Cuándo el duelo es patológico y cómo hay que tratarlo? *Análisis y Modificación de Conducta*, 33(147). doi:<https://doi.org/10.33776/amc.v33i147.1205>
- Fernández-Abascal, E. G., García Rodríguez, B., Jiménez Sánchez, M. P., Martín Díaz, M. D., y Domínguez Sánchez, F. J. (2013). Psicología de la Emoción.
- Freud, S. (1917). Duelo y melancolía (Quinta ed.). Amorrortu.
- Gala León, F., Lupiani Jimenez, M., Raja Hernández, R., Guillén Gestoso, C., González Infante, J., Alba Sánchez, I., y Villaverde Gutiérrez, M. (2002). Actitudes psicológicas ante la muerte y el duelo. Una revisión conceptual. *Cuadernos de Medicina Forense*(30).
- Gallo González, D., Leuzinger, M., y Dolle, V. (2021). Introducción: emociones y desplazamientos históricos, viajes y migraciones en el mundo hispano en el punto de mira: Aproximaciones interdisciplinarias. En Gallo González, D., Leuzinger, M., y Dolle, V. (Ed.), *Hispanos en el mundo: Emociones y desplazamientos históricos, viajes y migraciones*, pp. 1-14. De Gruyter.
- García Rodríguez, M., y Parra Salcedo, E. (2022). Experiencia del duelo por COVID-19 en Colombia: Experiencia de duelo a partir de las nuevas formas de llevar a cabo ritos fúnebres, establecidas en el marco de la pandemia por la covid-19 en Colombia.
- García-Viniegras, C., y Pérez Cernuda, C. (2013). Duelo ante muerte por suicidio. *Revista Habanera de Ciencias Médicas*, 12(2), 265-274.

- Herrera, D. (2021). Cambios en los rituales funerarios durante la Pandemia del Covid 19 en Ecuador. *Práctica Familiar Rural*, 6(3). doi:<https://doi.org/10.23936/pfr.v6i3.213>
- Hidalgo Campos, P., Manzur Mobarec, E., Olavarrieta Soto, S., y Farías Nazel, P. (2007). Cuantificación de las distancias culturales entre países: Un análisis de Latinoamérica. *Cuadernos de Administración*, 20(33), 253-272.
- Kübler-Ross, E. (1972). Sobre la muerte y los moribundos. Grijalbo.
- Maguiña Vargas, C., Gastelo Acosta, R., y Tequen Bernilla, A. (2020). El nuevo Coronavirus y la pandemia del Covid-19. *Revista Medica Herediana*, 31(2). doi:<http://dx.doi.org/10.20453/rmh.v31i2.3776>
- Meza Dávalos, E., García, S., Torres Gómez, A., Castillo, L., Sauri Suárez, S., y Martínez, B. (2008). El proceso de duelo. Un mecanismo humano para el manejo de las pérdidas emocionales. *Revista de Especialidades Médico-Quirúrgicas*, 13(1), 28-31.
- Moreno Rubio, J. (2022). Revisión desde la psicología cultural de los ritos funerarios y manifestaciones externas del duelo.
- Muñoz, M. d. (2021). Los funerales en pandemia COVID-19. Efectos y consecuencias en el proceso del duelo en las familias mexicanas. En J. M. Bezanilla, J. Alvarez Martínez, & M. A. Miranda Salazar, *Los que-haceres de la Pandemia: Miradas, perspectivas y alternativas en tiempos del COVID-19* (Primera ed., pp. 325-332). Generis.
- Ogliastri, E., Mcmillen, C., Arias, M. E., de Bustamante, C., Dávila, C., Dorfman, P., Fimmen, C., Ickis, J. y Martínez, S., (1999). Cultura y liderazgo organizacional en 10 países de America Latina. El estudio Globe. *Academia Revista Latinoamericana de Administración*(22), 29-57.
- Oliveira, É., Silva, B. C., Santos, J. H., Lotério, L., Accoroni, A., y Santos , M. A. (2020). Efectos de la supresión de rituales fúnebres durante la pandemia de COVID-19 en familiares enlutados. *Rev. Latino-Am. Enfermagem*, 28.
- Ospina Herrera, J. (2022). ¿A donde van los muertos?: las crisis de la muerte y las geografías sagradas en el esquema tripartito de los ritos de paso. *Antípoda: Revista de Antropología y Arqueología*(49), 91-109. doi:<https://doi.org/10.7440/antipoda49.2022.04>

- Oviedo Soto, S. J., Parra Falcón, F. M. y Marquina Volcanes, M. (2009). La muerte y el duelo. *Enfermería Global*. (15)
- Pablos-Méndez, A., Vega, J., Petersen Aranguren, F., Tabish, H., y Raviglione, M. (2020). Covid-19 in Latin America. *BMJ*. doi:<https://doi.org/10.1136/bmj.m2939>
- Palacio, M., & Bernal, F. (2019). El duelo por muerte: la intersección entre prácticas culturales, rituales sociales y expresiones emocionales. *Tempus psicológico*, 2(1), 89-108. doi:10.30554/tempuspsi.2.1.2595.2019
- Palomera-Chávez, A., Herrero, M., Carrasco Tapias, N. E., Juárez-Rodríguez, P., Barrales Díaz, C. R., Hernández-Rivas, Llantá Abreu, M. C., Lorenzana Montenegro, L., Meda-Lara, R. M., y Moreno-Jiménez, B. (2021). Impacto psicológico de la pandemia COVID-19 en cinco países de Latinoamérica. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 53, 83-93. doi:<https://doi.org/10.14349/rlp.2021.v53.10>
- Parkinson, B. (1996). Emotions are social. *British Journal of Psychology*(87), 663-683.
- Peñafiel-Chang, L., Camelli, G., y Peñafiel-Chang, P. (2020). Pandemia COVID-19: Situación política - económica y consecuencias sanitarias en América Latina. *Revista Ciencia UNEMI*, 13(33), 120-128.
- Pérez Sales y Lucena. (2000). Duelo: Una perspectiva transcultural. Más allá del rito: La construcción social del sentimiento de dolor. *Psiquiatría Pública*. 12(3). 259-271.
- Pew Research Center. (2014). Religión en América Latina: Cambio generalizado en una región históricamente católica.
- Pinzón-Junca, A. (2020). COVID-19 y SARS-CoV-2. *Acta médica colombiana*, 45(4), 68. doi:<https://doi.org/10.36104/amc.2020.2052>
- Prieto, R. (2020). Más allá de las pandemias. *Revista Colombiana de Cirugía*, 35(2). doi:<https://doi.org/10.30944/20117582.606>
- Ramírez, M. (2007). Los estados emocionales en los momentos de duelo y la forma de abordarlos. *Ciencia y cuidado*, 4(4), 36-44.

- Reyes-Alarcón, S. y Alcívar-Medranda, E. (2021). Covid-19: Ausencia del ritual funerario por la pérdida de un ser querido en las familias afectadas por el coronavirus. *Revista científica Dominio de las Ciencias*. 7(3), 230-246.
- Rodríguez Ojeda, F., Barrera Acevedo, A., y Uribe Cruz, F. (2021). El duelo en tiempos de pandemia SARS-CoV-2. *Revista multidisciplinaria de la Universidad Emiliano Zapata*(Especial jul/dic).
- Rother, E. T. (2007). Revisión sistemática X revisión narrativa. *Acta Paulista de Enfermagem*, 20(2). doi:<https://doi.org/10.1590/S0103-21002007000200001>
- Rupérez, M. T. (2003). El concepto de la muerte y el ritual funerario en la prehistoria. *Cuadernos de Arqueología*(11), 13-36.
- Spilka, B. (2005). Religious Practice, Ritual, and Prayer. En R. Paloutzian, & C. Park, *Handbook of the psychology of religion and spirituality* (págs. 365-374).The Guilford Press.
- Thomas, L.-V. (1983). Antropología de la muerte. Fondo de Cultura Económica.
- Torres, D. (2006). Los rituales funerarios como estrategias simbólicas que regulan las relaciones entre las personas y las culturas. *SAPIENS*, 7(2), 107-118.
- Wanderley, F., Losantos , M., Tito , C., y Arias, A. (2020). Los impactos sociales y psicológicos del Covid-19 en Bolivia.
- Yoffe, L. (2014). Rituales funerarios y de duelo colectivos y privados, religiosos o laicos. *Avances en Psicología*, 22(2), 145-163. doi:<https://doi.org/10.33539/avpsicol.2014.v22n2.182>
- Yoffe, L. (2015). Rituales funerarios religiosos, apoyo y consuelo en los duelos. *Revista Remanso*(18), 90-107.